



Los mitos de la globalización

Jorge Marsá

La realidad de las sociedades actuales y los estudios sobre ellas se confrontan con un nuevo paradigma: la globalización. Nos encontramos ante un concepto que con frecuencia sirve lo mismo para un roto que para un descosido; la globalización se ha usado tanto y para tantas cosas diferentes que el término, a la par que se ha popularizado, se ha desgastado. En ocasiones, parece que la globalización fuera la causa de casi cualquier transformación que se produjera en los campos de la política, la economía, la sociedad, la cultura o el medio ambiente. Se recurre a esta expresión tanto para explicar situaciones nuevas como para ocultar nuestras dificultades a la hora de comprender y describir muchos de ellas. “¿Qué es este fenómeno de la globalización, objeto simultáneo de tanto vilipendio y tanta alabanza? Fundamentalmente, es la integración más estrecha de los países y los pueblos del mundo, producida por la enorme reducción de los costes de transporte y comunicación, y el desmantelamiento de las barreras artificiales a los flujos de bienes, servicios, capitales, conocimientos y (en menor grado) personas a través de las fronteras”¹.

La actual globalización no es más que la aceleración del muy antiguo proceso de formación de las redes humanas. Las raíces de la creación de la red mundial se asientan en la Europa del siglo XV, el continente que se preparaba para afrontar la *Era de los descubrimientos*. La frecuente obsesión de muchos analistas, políticos e

La globalización se ha usado tanto y para tantas cosas diferentes que el término, a la par que se ha popularizado, se ha desgastado

1. Joseph E. Stiglitz, *El malestar en la globalización*. Taurus, Madrid, 2002, pág. 34.

ideólogos por el descubrimiento de nuevos mediterráneos contribuye tanto a exagerar la novedad del proceso como a oscurecer su profundo componente histórico. Intentaremos abordar el fenómeno de la globalización y sus consecuencias, pero sobre todo los mitos que la rodean y con los que se intenta explicarla, sin olvidar sus raíces y, en la medida en que seamos capaces, dejando a un lado los prejuicios ideológicos que tan a menudo dificultan la comprensión de los hechos. Somos de la opinión de que el actual estadio del proceso de globalización tiene, como siempre los tuvo, aspectos positivos y negativos, y de que el gran objetivo de una izquierda política merecedora de tal nombre debe consistir en defender el derecho de todos los humanos a una vida digna y a conservar el planeta que nos acoge, para lo que se requiere la intensificación y la transformación del proceso globalizador y de los instrumentos y las instituciones políticas que lo hacen posible.

1. Una descripción de la globalización

Como decíamos, la globalización es un proceso histórico, no un fenómeno radicalmente novedoso que supusiera un *nuevo comienzo* para las sociedades humanas. Sin embargo, comenzaremos por describir las características de la actual intensificación del proceso. Para ello acudimos a la obra más influyente que se ha escrito en los últimos años sobre la globalización: *La era de la información*. Pese a su tendencia a exagerar la ruptura histórica que supone la globalización, los tres volúmenes de Manuel Castells proporcionan un pormenorizado análisis de su estadio actual; así que sigamos a este sociólogo en su descripción:

Un nuevo mundo está tomando forma en este fin de milenio. Se originó en la coincidencia histórica, hacia finales de los años sesenta y mediados de los setenta, de tres procesos *independientes*: la revolución de la tecnología de la información; la crisis económica tanto del capitalismo como del estatismo y sus reestructuraciones subsiguientes; y el florecimiento de movimientos sociales y culturales, como el antiautoritarismo, la defensa de los derechos humanos, el feminismo y el ecologismo. La interacción de estos procesos y las reacciones que desencadenaron crearon una nueva estructura social dominante, la sociedad red; una nueva economía, la economía informacional/global; y una nueva cultura, la cultura de la virtualidad real. La lógica inserta en esta economía, esta sociedad y esta cultura subyace en la acción social y las instituciones de un mundo interdependiente.

La revolución de la tecnología de la información indujo la aparición del informacionalismo como cimiento material de la nueva sociedad. En el informacionalismo, la generación de riqueza, el ejercicio del poder y la creación de códigos culturales han pasado a depender de la capacidad tecnológica de las sociedades y las personas, siendo la tecnología de la información el núcleo de esta capacidad. La tecnología de la información ha sido la herramienta indispensable para la puesta en práctica efectiva de los procesos de reestructuración socioeconómica.

La crisis de los modelos de desarrollo económico tanto capitalista como estatista impulsó su reestructuración paralela a partir de mediados de los años setenta. En las economías capitalistas, empresas y gobiernos adoptaron diversas medidas políticas que, en conjunto, llevaron a una nueva forma de capitalismo. Esta se caracteriza por la globalización de las

actividades económicas centrales, la flexibilidad organizativa y un mayor poder de la empresa en su relación con los trabajadores. Las presiones de la competitividad, la flexibilidad del trabajo y el debilitamiento de la sindicalización condujeron a la reducción del Estado de bienestar, la piedra angular del contrato social en la era industrial.

Las redes de capital, trabajo, información y mercados enlazaron, mediante la tecnología, las funciones, las personas y las localidades valiosas del mundo, a la vez que desconectaban de sus redes a aquellas poblaciones y territorios desprovistos de valor e interés para la dinámica del capitalismo global. Ello condujo a la exclusión social y la irrelevancia económica de segmentos de sociedades, áreas de ciudades, regiones y países enteros, que constituyen el Cuarto Mundo.

Sin embargo, las sociedades no son sólo el resultado de la transformación tecnológica y económica, ni cabe limitar el cambio social a crisis y adaptaciones institucionales. Casi al mismo tiempo que estos procesos comenzaron a tener lugar a finales de los años sesenta, se desencadenaron vigorosos movimientos sociales de forma simultánea en todo el mundo industrializado. Por supuesto, fueron derrotados en la política porque, como la mayoría de los movimientos utópicos de la historia, nunca pretendieron esa victoria. Pero se marchitaron con una elevada productividad histórica: muchas de sus ideas y algunos de sus sueños germinaron en las sociedades y florecieron como innovaciones culturales, a las que tendrán que remitirse políticos e ideólogos de las generaciones venideras. De esos movimientos brotaron las ideas que serían la fuente del ecologismo, del feminismo, de la defensa constante de los derechos humanos, de la liberación sexual, de la igualdad étnica y de la democracia de base.

Si bien estos movimientos sociales eran fundamentalmente culturales, tuvieron un impacto en la economía, la tecnología y los procesos de reestructuración que siguieron. Su espíritu libertario influyó de forma considerable en la tendencia a unos usos de la tecnología individualizados y descentralizados. Su marcada separación del movimiento obrero tradicional contribuyó al debilitamiento de los sindicatos, lo que facilitó la reestructuración capitalista. Su apertura cultural estimuló la experimentación tecnológica con la manipulación de los símbolos, creando así un nuevo mundo de representaciones imaginarias que evolucionaría hacia la cultura de la virtualidad real. Su cosmopolitismo e internacionalismo estable-

La exageración es una de las características que sobresalen en buena parte de los estudios y posicionamientos políticos sobre la globalización

2. Manuel Castells, *La era de la información. Vol. 3 Fin de milenio*. Alianza Editorial, Madrid, 2001, págs. 405-417. Todo este apartado se ha escrito recurriendo a frases y párrafos textuales extraídos de las páginas citadas.

cieron las bases intelectuales para un mundo interdependiente, y su aversión al Estado socavó la legitimidad de los rituales democráticos, pese a que algunos dirigentes del movimiento se convirtieron en renovadores de las instituciones políticas. Es más, al rechazar la transmisión ordenada de los códigos eternos y los valores establecidos, como el patriarcado, el tradicionalismo religioso y el nacionalismo, los movimientos de los años sesenta crearon el marco para una división fundamental en las sociedades de todo el mundo: por una parte, las élites activas autodefinidas culturalmente, que construyeron sus propios valores en virtud de su experiencia; por la otra, los grupos sociales cada vez más inseguros, privados de información, recursos y poder, que cavan sus trincheras de resistencia precisamente en torno a aquellos valores eternos que habían sido menospreciados por los rebeldes de los años sesenta.

Las consecuencias de estos procesos en *las relaciones de clase* son tan profundas como complejas. El nuevo sistema se caracteriza por una tendencia a aumentar la desigualdad y la polarización sociales. Ello obedece a los tres siguientes factores: a) una diferenciación fundamental entre trabajo autoprogramable y altamente productivo, y trabajo genérico prescindible; b) la individualización del trabajo, que socava su organización colectiva, con lo que los sectores más débiles de la mano de obra quedan abandonados a su suerte; y c) la desaparición gradual del Estado de bienestar bajo el impacto de la individualización del trabajo, la globalización de la economía y la deslegitimación del Estado, privando así de una red de seguridad a la gente que no puede alcanzarla de forma individual. Esta tendencia hacia la desigualdad y la polarización no es inexorable: puede contrarrestarse y evitarse mediante políticas públicas. Pero la desigualdad y la polarización están prescritas en las dinámicas del capitalismo informacional y prevalecerán a menos que se emprenda una acción consciente y sostenida para compensar estas tendencias.

Las relaciones de poder también están siendo transformadas por los procesos sociales analizados. La principal transformación concierne a la crisis del Estado-nación como entidad soberana y la crisis relacionada de la democracia política, según se construyó en los dos últimos siglos. Puesto que la democracia representativa se basa en la idea de un Estado soberano, el desdibujamiento de las fronteras de la soberanía conduce a la incertidumbre en el proceso de delegación de la voluntad del pueblo. La globalización del capital, la multilateralización de las instituciones de poder y la descentralización de la autoridad a los gobiernos regionales y locales producen una nueva geometría del poder, induciendo quizás una nueva forma de Estado, el Estado red².

2. La exageración global

Además de un exhaustivo análisis de la globalización, las citas de Manuel Castells revelan una constante: “nuevo mundo, nueva estructura social dominante, nueva economía, nueva cultura, nueva sociedad, nueva forma de capitalismo, nuevo sistema, nueva geometría del poder, nueva forma de Estado... por primera vez en la historia”. Pero podríamos convenir, al menos, en que existe una clara dislocación entre un discurso que remarca tanta novedad y un mundo en el que, en su mayor parte, la vida cotidiana de las personas continúa enmarcada por las circunstancias nacionales y locales.

Parece que la exageración es una de las características que sobresalen en buena parte de los estudios o los posicionamientos políticos sobre esta intensificación de las relaciones entre las diferentes sociedades. “Bajo el paraguas de la globalización se coloca una heterogénea variedad de fenómenos, que incluye desde el desarrollo de las redes informáticas hasta la multiplicación de los restaurantes de comida basura, desde el volumen y la velocidad de los flujos financieros hasta el resurgir del fundamentalismo religioso. La extraordinaria capacidad de la globalización para, siendo sencillamente un hecho, abarcar todo cuanto ocurre en nuestros días puede explicarse, desde luego, reconociéndole un poder transformador sin parangón en la historia de la humanidad, y así lo hace la actual ortodoxia. Pero puede explicarse también a través de otro razonamiento: en realidad, si la fuerza de la globalización nos parece tan descomunal es porque estamos anotando en su haber cualquier fenómeno o acontecimiento que haya tenido lugar tras esa raya en el tiempo que hemos convenido en considerar como la marca de la nueva era y del nuevo comienzo. De ahí que nuestra actitud hacia la globalización sea semejante a la de los creyentes en cualquier divinidad creadora del mundo, que es tanto como decir creadora del inicio”³.

Por lo tanto, la globalización “cumple también en gran medida algunas de las funciones atribuidas al mito. En efecto, aunque trata de aparecer como la exposición o descripción más acabada de lo que pasa, como una especie de autenticación o acta notarial del cumplimiento de la propia lógica de la modernidad, que sería la lógica del progreso y de la racionalidad (racionalidad económica elevada a paradigma de racionalidad), la globalización es más bien un modelo explicativo o, mejor, un *paradigma* en el sentido menos neutro del término. Es decir, no es sólo un instrumento de conocimiento de la realidad, sino sobre todo una herramienta de conformación de la realidad, con la evidente función ideológica de coartada para tratar de legitimar proyectos sociales y políticos funcionales a la ideología y a los intereses del neoliberalismo económico, que es quien nos propone tal paradigma”⁴. Sin embargo, esta función ideológica de la globalización no es privativa de la derecha neoliberal. Las exageraciones sobre la influencia de la globalización en el mundo actual son muchas y aparecen transversalmente en el ámbito de la política y la ideología. El “pensamiento único” ha sido de todo menos único, y desde luego cada corriente política acarrea el suyo. Ahora bien, ¿por qué asistimos a esta desmesura que nos sitúa en el paraíso de la exageración global? Pues porque

La globalización se ha convertido en la gran justificación de la revolución conservadora

3. Jesús María Ridaio, *La elección de la barbarie. Liberalismo frente a ciudadanía en la sociedad contemporánea*. Tusquets Editores, Barcelona, 2002, pág. 100.

4. Javier de Lucas, *Globalización e identidades. Claves políticas y jurídicas*. Icaria Editorial, Barcelona, 2003, pág. 32.

la amplificación de los efectos de la globalización resulta funcional, por diferentes razones, para los intereses o los anhelos de muchos de los actores en conflicto.

El paraíso de la economía: los neoliberales

La derecha neoliberal ha encontrado en la retórica sobre la globalización una nueva herramienta para sus objetivos más tradicionales: el debilitamiento del Estado y el impulso de la libre interacción en el mercado. La globalización se ha convertido en la gran justificación de la *revolución conservadora*. Las propuestas políticas que fomentan la privatización del sector público de la economía, la desregulación del capitalismo, la eliminación del déficit público y el desmantelamiento del Estado del bienestar se han presentado como medidas económicas obligadas por la necesidad de competir en una economía global. En la globalización ha encontrado la derecha neoliberal el mito que le ha permitido proponer una opción claramente ideológica como si fuera el mero resultado de la aplicación de recetas económicas objetivas.

El recurso a la globalización para justificar una determinada opción política o económica se utiliza en los más diversos campos. En Canarias, un ejemplo de actualidad lo constituye la continúa apelación al turismo de calidad. Se argumenta la necesidad de continuar degradando el territorio de las Islas para albergar campos de golf, puertos deportivos, parques temáticos y hoteles de lujo como la única forma de competir en el mercado global, esto es, con el resto de los destinos turísticos. Da igual que resulte una evidencia que la mejor manera de rivalizar con otros destinos no puede consistir en ofrecer exactamente lo mismo que ellos, desnaturalizando las características del propio. Da igual que sea una obviedad que el mejor camino para competir sea restringir la oferta, detener el crecimiento turístico. Da igual que la continuidad de ese crecimiento ponga en peligro la propia competitividad de Canarias como destino turístico. De lo que se trata es de justificar, como sea, que el interés de empresarios y políticos por continuar ordeñando la ubre de la especulación del suelo y de la construcción inmobiliaria obedecería a la supuesta necesidad de competir en la economía global. Se trataría, por lo tanto, de una necesidad que nos viene impuesta desde fuera, inexorable, y frente a la que resultaría utópico oponer resistencia.

El paraíso de la ideología: la izquierda angelical

La izquierda radical tiene también una larga tradición en la adicción a la ideología y, en consecuencia, en la tendencia a exagerar la importancia de muchas de las actuaciones que denuncia. Y en este sector político la globalización ha tomado el relevo de lo que para la izquierda tradicional era el imperialismo, concepto construido también mucho más desde la ideología que desde el análisis de la realidad. La globalización se ha convertido en el nuevo paradigma, el nuevo estadio de desarrollo del capitalismo, que permite abandonar la política en el ámbito nacional, para centrar los esfuerzos en la construcción ideológica del futuro. Si antes se esperaba a que el *hombre nuevo* del comunismo acabara con los conflictos sociales, ahora, ante las desdichas de este mundo, se centran las esperanzas en que *otro mundo es posible...* en cuanto alumbremos una *nueva ciudadanía*. Se justifica la necesidad de huir de este mundo en aras de facilitar el advenimiento del que viene. Se abandona en buena parte el terreno de la política real para adentrarse en el de la religión polí-

tica. Y probablemente comprobaremos una vez más que “el ancestral ejercicio de imaginar el porvenir no ha tenido nunca otro efecto constatado que el de sacrificar el presente, arrasando de una vez tanto sus lacras como, sin duda, sus virtudes”⁵.

La renovación política que muchos creen atisbar en la antiglobalización más parece cuestión de etiquetas que de propuestas políticas. Si en el 68 se le añadió el adjetivo de nueva a la izquierda y de nuevos a los movimientos sociales, hoy algunos hablan de *novísimos* movimientos cuando se refieren a los que se incluyen en el movimiento antiglobalización o *altermundista*. El hecho de que los inspiradores y teóricos de tan *novísima* corriente –reunidos sobre todo alrededor de ATTAC y *Le Monde Diplomatique*– tengan ya treinta y cinco años de experiencia política –desde el 68– no parece que haga recelar a nadie de tanta novedad. Pero tampoco resultan nada novedosos los líderes más públicos del movimiento antiglobalización: en EE. UU., John Zerzan postula un retorno a la época paleolítica, en un mundo en el que la población no debería sobrepasar el 3% de la actual. En Francia, la figura de un proteccionista reaccionario como José Bové concentra buena parte de los focos. Vandana Shiva se hace famosa en la India por sus notables olvidos de lo que la ciencia podría aportar a una agricultura ecológicamente sostenible. En Latinoamérica, el Subcomandante Marcos y Rigoberta Menchú encarnan el nacionalismo indigenista, y mientras el primero se dedica a solidarizarse con sus compañeros nacionalistas de ETA, la segunda a la invención de su pasado –con notable éxito, por cierto, pues consiguió el premio Nobel de la paz–. Y entre los Nobel más literarios, poca novedad encontramos en la reivindicación de ciertas tradiciones: Wole Soyinka la de su etnia yoruba frente a las del islamismo o el cristianismo, y José Saramago la del ya clásico partido comunista.

En suma, mucho *colocón ideológico* y poca política. Así puede entenderse que un partido político como Alternativa Ciudadana, que se define como nacionalista popular, se considere el representante de esta corriente en Lanzarote. Se pone de relieve la ambigüedad política de un movimiento que se reclama “antisistema”. En el movimiento *altermundista* conviven distintas sensibilidades, pero muchas de ellas difícilmente deberían calificarse como progresistas si atendemos a una de sus características fundamentales: la apuesta por las políticas de la identidad, característica básica de la derecha más tradicional. No obstante, no puede negarse que, pese a la escasa solidez de las propuestas, este movimiento ha colocado en la

La renovación política que muchos creen atisbar en la antiglobalización más parece cuestión de etiquetas que de propuestas políticas

5. Jesús María Ridaio, *La elección de la barbarie. Liberalismo frente a ciudadanía en la sociedad contemporánea*. Tusquets Editores, Barcelona, 2002, pág. 11.

6. David Held y Anthony McGrew, *Globalización/Antiglobalización. Sobre la reconstrucción del orden mundial*. Ediciones Paidós, Barcelona, 2003, pág. 16.

agenda política algunos de los conflictos fundamentales que ha provocado la globalización. Y al contribuir a modificar esa agenda ha influido significativamente en la actividad política durante los últimos años. Debe decirse, por tanto, que, pese al exceso de prejuicios ideológicos y a las visiones apocalípticas, el resultado de su aportación a la acción política en el mundo actual es claramente positivo.

El paraíso gubernamental: el gobierno inocente

La práctica de la exageración en lo que se refiere a la globalización ha encontrado terreno abonado en la actuación de los gobiernos, tanto en el mundo rico como en el pobre. En opinión de algunos, “la ideología de la globalización funciona como un ‘mito necesario’, a través del cual los políticos y los gobiernos disciplinan a sus ciudadanos para satisfacer las exigencias del mercado global”⁶. Sin embargo, el mercado global no exige nada; lo que se intenta es justificar la imposición de las políticas, también nacionales, que han caracterizado a la *revolución conservadora* o la ineptitud en las tareas de gobierno.

En los países desarrollados, la globalización se ha utilizado para argumentar la necesidad de primar el componente competitivo frente al solidario a la hora de implementar las políticas públicas. La globalización nos obligaba, se nos dijo, a liberalizar, desregular y flexibilizar nuestras sociedades como único camino para competir con éxito en la economía global. Durante la última década, el ejemplo lo han representado los Estados Unidos, y la profunda desigualdad de esta sociedad no era sino el mal menor que debíamos arrostrar para no quedar fuera de la competición. No obstante, el ejemplo norteamericano no deja de ser un caso bastante aislado –habría que sumarle el éxito económico de Irlanda–, pues la mayoría de los países que han tenido un éxito significativo en esa economía global lo han conseguido con políticas completamente diferentes, cuyo común denominador ha sido el mantenimiento de Estados fuertes con una importante influencia, de una u otra forma, en las respectivas economías nacionales. La economía más competitiva e innovadora del mundo es hoy la finlandesa, y su éxito ha ido acompañado por una gran expansión de su Estado del bienestar. Y la región económica con mayor crecimiento económico en el planeta es el Este asiático, donde la influencia del Estado resulta determinante. No es la globalización lo que provoca las políticas de los gobiernos que tratan de adelgazar el Estado de bienestar, sino la ideología de quienes abogan por modificar el reparto de la riqueza beneficiando a quienes más tienen.

En el Tercer Mundo, las exageraciones sobre la influencia de la globalización en sus economías nacionales han servido, fundamentalmente, bien para justificar el latrocinio de las élites locales o bien para diluir las responsabilidades de desastrosas actuaciones gubernamentales. En cualquier continente, y pese a la globalización, encontraremos ejemplos tanto de gobiernos que han fracasado como de otros cuyas políticas han tenido éxito. En este mundo global, continúa siendo decisiva la actuación gubernamental y el comportamiento de cada sociedad; aunque no pueda negarse la influencia de los mercados globales, la política sigue sin estar predeterminada desde el exterior.

El paraíso empresarial: las empresas multinacionales

Este es el campo donde los frutos de exagerar las consecuencias de la globalización pro-

ducen los beneficios más tangibles: los económicos. Las corporaciones multinacionales son uno de los mayores beneficiarios de la globalización —el otro sería el capital financiero—, ¿por qué, entonces, estarían interesadas en extremar sus problemáticas consecuencias? La contestación es sencilla: para acceder al conjunto de ayudas nacionales que conforman lo que en ocasiones se denomina la política industrial y obtener permisos de las autoridades antimonopolio para las fusiones o absorciones de otras empresas. En suma, el mito y la realidad de la globalización les permite acercarse al objetivo primordial, que reside, como dice el historiador David Landes, en el hecho de que “todos los hombres de negocios prefieren el monopolio a la competencia”⁷.

Cuando las multinacionales deciden instalarse en un país, lo primero que hacen es abrir una auténtica subasta a la búsqueda del gobierno que les proporcionará más subvenciones directas e indirectas. Por supuesto, nunca se ha escuchado una palabra de sus directivos sobre la manipulación del libre mercado que suponen estas ayudas, que desvirtúan la libre competencia.

Donde la globalización se esgrime como el argumento perfecto para evitar la libre competencia es en el proceso de las absorciones o fusiones empresariales, que vivió un extraordinario auge durante la pasada década, y que ha supuesto una verdadera pesadilla para las instituciones encargadas de velar por la libre competencia. Se defiende aquí el criterio de que las fusiones proporcionan la economía de escala imprescindible para competir en el mercado global. En este caso no puede hablarse de ideología, sino de puro cinismo. Porque la eliminación de competidores del mercado no puede provocar más que una disminución de la competencia, que obviamente es más intensa cuanto mayor sea el número de competidores. Las fusiones empresariales tienen dos objetivos: uno, evidente, es la búsqueda de esa tradicional aspiración al monopolio o al oligopolio que elimine o disminuya la competencia entre empresas. El otro, menos conocido, es que las grandes fusiones han proporcionado unos beneficios inmediatos de enorme cuantía a los directivos de las propias empresas y a los bancos de inversiones que se encargan del asesoramiento en estas operaciones.

Además, se olvida con frecuencia que una de las características de estas corporaciones es que suelen ser mucho menos multinacionales de lo que se piensa. Todas tienen su centro y buena parte de su actividad en un país. La mayoría consideramos, acertadamente, a IBM, Microsoft o Boeing como empresas estadounidenses, y lo

Los grandes adalides de la libre competencia no hacen más que pedir subvenciones y ventajas para evitar la libre competencia en el mercado

7. David S. Landes, *La riqueza y la pobreza de las naciones*. Editorial Crítica, Barcelona, 1999, pág. 149.

8. Edward Luttwak, *Turbocapitalismo. Quiénes ganan y quiénes pierden en la globalización*. Editorial Crítica, Barcelona, 2000, pág. 199.

mismo hacemos con las de otros países: Repsol, Siemens, Alstom, Toyota, Samsung... ¿Por qué en cada uno de sus países respectivos se quejan estas empresas de las consecuencias de la globalización si son sus principales beneficiarios? Dejemos la contestación a Edward Luttwak: “Para los intereses de la empresa privada, hablar de la globalización es la mejor manera de conseguir la solidaridad del resto de la nación en su lucha contra las leyes y las instituciones que les parecen más restrictivas. Naturalmente, las empresas francesas que actualmente piden la supresión de las leyes de protección del empleo, por ejemplo, prefieren que la atención se centre en su batalla contra los competidores extranjeros y no en el conflicto con los sindicatos de su propio país. Lo mismo pasa en el resto del mundo, siempre con la misma contradicción: la globalización implica que la nacionalidad no importa demasiado, con empresas móviles propiedad de accionistas anónimos repartidas por todo el mundo. Aún así, quienes más insisten en su importancia siguen invocando el interés nacional. Quizá sea cierto que la coherencia sólo es una maldición de mentes estrechas. Ciertamente, ello no es óbice para que intereses privados, expertos desinteresados y funcionarios gubernamentales por lo demás interesados invoquen la solidaridad nacional en función de otro propósito que contradice la lógica de la globalización: la política industrial”⁸.

¿Qué se entiende por política industrial? Es sencillo: que el Estado contribuya a la Investigación y Desarrollo para suministrar nuevos productos y técnicas productivas a las empresas privadas; que proporcione créditos, subvencionándoles buena parte del interés; que conceda exenciones fiscales a los empresarios; que restrinja las importaciones de los competidores; que subvencione las exportaciones de nuestras empresas; que adjudique los contratos para la provisión de productos o servicios, incluso en peores condiciones, a las empresas nacionales; que estimule la fusión de empresas en los sectores demasiado fragmentados para competir en el mercado mundial...

Los grandes adalides de la libre competencia y promotores de la globalización neoliberal no hacen más que pedir subvenciones y ventajas para evitar la libre competencia en el mercado. Pero esta situación no se produce únicamente entre las grandes corporaciones multinacionales. Buena parte del empresariado canario –y los más poderosos, todos– responde con más exactitud a la etiqueta de recolectores de subvenciones que a la de emprendedores. En Canarias, es probable que la actividad principal de los ámbitos político y empresarial sea la búsqueda de subvenciones, para lo cual se cultiva el papel de víctima incapacitada para competir con los de fuera en condiciones de igualdad. Se habla de defender el estatuto de Región Ultraperiférica (RUP), como si Canarias fuera una pobre región alejada donde resultara difícil tanto llegar como salir, ¡en una comunidad que recibe doce millones de visitantes cada año! En esta tierra, a los empresarios turísticos, que disponen de la inmensa ventaja, con respecto a la mayoría de los destinos, de tener una estacionalidad de doce meses, se les subvenciona para que construyan el hotel y después se les obsequia con el 90 por ciento de los impuestos que deberían pagar –la RIC–. Pero si no hay suficiente con estas siglas, con la RUP y con la RIC, siempre estará el REA, la ZEC, las subvenciones a la agricultura, los Incentivos Regionales y la batería de ayudas del

Gobierno de Canarias a disposición de cualquiera que esté dispuesto a evitar, como sea, competir en el libre mercado.

A juicio de muchos empresarios, las instituciones públicas no pueden mantener unos servicios públicos de la calidad que demandan los ciudadanos de los países ricos, y hay que dismantelar el Estado del bienestar para fortalecer la competitividad de la sociedad. Pero la ingente cantidad de fondos públicos dedicada en todos los países a subvencionar a las empresas, ni tocarla, porque tienen que competir en el *libre* mercado.

El paraíso financiero: el casino global

Si en algún terreno existe un acuerdo generalizado sobre la extensión de la globalización en las últimas décadas es en el de las finanzas. El capital financiero ha sido el gran beneficiado de la globalización, hasta el punto de que bien puede hablarse hoy del casino global: “Por cada dólar intercambiado en el ‘comercio real’ hay un volumen de 55 dólares en intercambios en los mercados de divisas. No es de extrañar así que el propio Greenspan, presidente de la Reserva Federal de Estados Unidos, hable de una ‘inflación financiera’ que ha creado una inmensa burbuja especulativa crecientemente alejada de la economía real”⁹. Por tanto, la globalización se ha plasmado con mucha más fuerza en esa burbuja financiera que en la economía real.

Sin embargo, también al capital financiero le interesa exagerar los efectos de la globalización. ¿Para qué? Dos son básicamente los objetivos que se buscan: el primero, tratar de imponer la fuerza de los hechos para evitar una vuelta a la regulación de los flujos de capitales y, sobre todo, la posible imposición de un impuesto a esos flujos, es decir, impedir que se extienda la idea de la conveniencia de la tasa Tobin –una de las mejores propuestas del movimiento *altermundista*–. En segundo lugar, se intenta enmascarar la realidad para el propio beneficio. Esa realidad que muestra que los países emergentes que mejor han resistido las últimas crisis son aquellos que se negaron a abrir y a desregular su mercado de capitales al ritmo que pretendían imponer tanto el capital financiero como el Fondo Monetario Internacional. La libre circulación de capitales en el mercado global produce tanto cuantiosos beneficios para quien los posee o los maneja como una inestabilidad en el sistema que provoca o agudiza las crisis regionales. Además, la defensa de la libre circulación de esos capitales constituye un argumento más para quienes pretenden restar fuerza a los Estados nacionales en su papel de reguladores del sistema económico. Como siempre, no es

Otra vez, y como siempre, nos sitúan ante un nuevo comienzo de la historia de las sociedades humanas

9. Fernando Vallespín, *El futuro de la política*. Taurus, Madrid, 2003, pág. 42.

la economía lo que se impone, sino la ideología o los intereses de quien defiende determinadas propuestas.

El paraíso de la nueva era: los académicos

Ahora bien, a estas exageraciones sobre el fenómeno de la globalización no les faltan fundamentos teóricos ni estudios en los que apoyarse. Han sido muchos los teóricos de la globalización que le achacan casi todo lo que ocurre en el mundo desde que concluyó la guerra fría. Encontramos aquí una característica típica de la modernidad occidental, el hecho de que cada generación crea asistir a una transformación radical en la historia que la sitúa ante la aparente necesidad de un nuevo comienzo. Pese a lo ridículo de que esta idea se repita con tal continuidad, el fenómeno de la *nueva era* no parece perder intensidad. Sólo en el siglo pasado hemos asistido a varias nuevas eras: la que daba comienzo con el golpe de estado de los bolcheviques en la Rusia de 1917, la que se inauguraba con la caída del fascismo en Europa en 1945 –España al margen–, la que alumbraba la “revolución cultural” de mayo de 1968, la que emergía tras el derrumbe del muro de Berlín en 1989 y, la última por el momento, la nueva era que anuncia la globalización. Claro que a estas nuevas eras de carácter internacional podrían añadirse las circunscritas a cada país. Así que, otra vez, y como siempre, nos sitúan ante un nuevo comienzo de la historia de las sociedades humanas.

Que los académicos descubran cada día nuevos mediterráneos tiene, además, una explicación bastante más prosaica: la necesidad y la conveniencia de magnificar las consecuencias del fenómeno a cuyo estudio se dedican tantas horas y esfuerzos. Parece comprensible la tendencia de los expertos –agudizada por los excesos provocados por su excesiva especialización– a magnificar la importancia del área que investigan, puesto que esa importancia revierte de alguna manera en ellos mismos y revaloriza sus aportaciones.

El paraíso cultural: la explosión nacionalista

Si hay un espacio en donde cualquier exageración sobre las consecuencias de la globalización es bienvenida, ese es el del nacionalismo político o cultural. Para los nacionalistas, multiculturalistas o comunitaristas la globalización se ha convertido en una auténtica maldición que propicia la homogeneización de las culturas, destruye las diferencias y difumina las tradiciones comunitarias. No obstante, deberían explicar, también recurriendo a la globalización, el notable éxito que han tenido en la rehabilitación de los discursos identitarios (religiosos, culturales, étnicos o nacionales). Es decir, en la defensa de su criterio de que las sociedades se comprenden a partir de sus identidades culturales y no de los valores cívico-políticos de los individuos que las forman.

Nos encontramos de nuevo ante una variante del asalto al Estado nacional, cuya consecuencia más obvia sería alimentar la fuerza del proceso globalizador que se dice combatir. Como no puede ser de otra manera, este “narcisismo de las pequeñas diferencias” –como lo llamaba Freud– o nacionalismo –como lo denominamos en este país– tiene como objetivo principal obtener ventajas comparativas en la distribución de los recursos por la vía de diluir el Estado, la única institución actual que garantiza ciertos niveles de igualdad entre los ciudadanos. Es por este motivo, entre otros, por lo que algunas de las mentes más

lúcidas del movimiento antiglobalización, como Susan George, sostienen que, para los fines perseguidos por los impulsores de la globalización neoliberal, “la herramienta psicológica más útil jamás creada es la política de identidad. El objetivo es potenciar la fragmentación, poner de relieve las diferencias con los demás y crear guetos. En lugar de preguntarse qué puede *hacer*, la gente deberá centrarse, sobre todo, en quién *es*”¹⁰. Por tanto, no es paradójico, como sostienen muchos autores, que al proceso globalizador le haya acompañado una explosión de los nacionalismos; al contrario, constituyen las dos caras de la misma moneda. Y así se entiende lo conveniente que resulta para los nacionalistas contribuir a la generalizada práctica de exagerar las consecuencias de la globalización que tanto les alimenta.

3. Un proceso con una larga historia

La mejor herramienta para contrarrestar este cúmulo de interesadas exageraciones continúa siendo la historia. Y en ese contexto tenemos que situar la principal característica que se resalta de la actual globalización, la red, hasta llegar a definir a la sociedad actual como la “sociedad-red”. Sin embargo, no es éste un fenómeno reciente, sino que sus orígenes se remontan casi a los de la humanidad, como bien ponen de relieve J. R. McNeill y William H. McNeill¹¹, quienes afirman que la tendencia a conectar, integrar e internacionalizar las sociedades humanas se ha producido e intensificado a lo largo de miles de años.

Las redes humanas

En su nivel más básico, la red humana nace con la aparición del lenguaje, que facilita el intercambio de información y mercancías. Pese a las muchas limitaciones de aquella época, la difusión, por ejemplo, del arco y la flecha por la mayor parte del planeta demuestra la primera existencia de una incipiente red mundial, que no hizo sino fortalecerse con el tiempo.

La llegada de la agricultura, hace unos doce mil años, permitió procurar sustento a un mayor número de personas. La población crece y también las posibilidades de coordinar los esfuerzos y la cooperación colectivos. Aumenta, pues, la interactividad de ciertas comunidades, que originan redes más compactas de alcance local o regional. En los dos milenios siguientes, los poblados agrícolas se propagaron como una erupción por toda Eurasia, África y América, y pasaron a ser el marco en el que transcurría la vida de la mayor parte de la humanidad.

Hace unos seis mil años, las redes locales y regionales se densifi-

Resulta muy conveniente para los nacionalistas exagerar las consecuencias de la globalización que tanto les alimenta

10. Susan George, *El Informe Lugano*. Icaria Editorial, Barcelona, 2001, pág. 114.

11. J. R. McNeill y William H. McNeill, *Las redes humanas. Una historia global del mundo*. Editorial Crítica, Barcelona, 2004. Las aportaciones y los datos de este libro volverán a utilizarse a lo largo de este apartado.

caron gracias a la fundación de las ciudades, que constituían las encrucijadas y almacenes de información, mercancías e infecciones. Y con su expansión, a medida que la agricultura se hacía más intensiva y producía más excedentes, se acabaron generando redes metropolitanas. La agregación de muchas de esas redes conformó hace unos dos mil años la que se ha llamado la red del Mundo Antiguo, que abarcaba la mayor parte de Eurasia y el norte de África. Este proceso histórico de fusión, densificación, expansión, aceleración y creciente complejidad de estas redes metropolitanas era y es permanente, y se despliega alentado por la adquisición y la divulgación de nuevas habilidades, conocimientos y avances técnicos, que facilitan la interacción y el incremento de la velocidad a la que se produce, afectando crecientemente a la vida cotidiana de un número de personas cada vez mayor.

En el año 1450, los trescientos cincuenta o cuatrocientos millones de pobladores de la tierra hablaban varios miles de lenguas, practicaban varios centenares de religiones y tenían varios centenares de gobernantes políticos: seguía predominando una enorme diversidad. Pero en los tres siglos y medio siguientes, casi todos los pueblos del planeta se integraron en una gran comunidad y la red del Mundo Antiguo dio paso a la moderna mundialización, que provocó la inclusión de todas las grandes redes en una de dimensión global. Desaparecieron en el proceso pueblos, lenguas y religiones. Para muchas sociedades el cambio fue catastrófico. Sin embargo, la suma de millones de personas, recursos y ecosistemas a esta incipiente red mundial, provocó un incremento de la especialización del trabajo y de los conocimientos, los intercambios comerciales se internacionalizaron más, y el resultado fue un aumento sorprendente de la riqueza generada por las sociedades, pero también se alcanzaron unos niveles de desigualdad que habían sido desconocidos hasta entonces.

La confluencia en una red global transformó el mundo. En 1800 sólo una pequeña porción de los novecientos millones de habitantes de la tierra permanecía al margen de esa red. Millones de personas emigraron a las costas –alcanzando el mar una nueva y característica prominencia en la definición de las comunidades humanas–, y vivían en ciudades que formaban parte de redes de influencia de largo alcance. No obstante, pese a los cambios, todavía en este momento la mayoría de las personas vivían de la agricultura y utilizaban como energía su propia fuerza muscular, la de los animales y un pequeño porcentaje de energía eólica e hidráulica. Su vida era pobre e insegura, sujeta a la amenaza del hambre, la enfermedad, la guerra y la vejez, mientras buscaban consuelo en la fe religiosa.

En esos momentos, el aprovechamiento de los combustibles fósiles había iniciado ya la Revolución Industrial, que provocó la densificación y la aceleración de esa red mundial, liberando a la humanidad de antiguas limitaciones que impedían un mayor crecimiento de la población. Aumentó la disponibilidad de alimentos, la movilidad y, en general, la producción económica. Las transformaciones provocadas fomentaron cambios sociales y políticos, como la ascensión de los nacionalismos, la abolición de la esclavitud y de la servidumbre, formas políticas más representativas en algunas sociedades, un gran impacto en los ecosistemas, la explosión demográfica, el aumento de la urbanización, la expansión de la agricultura destinada al comercio, grandes migraciones y una intensificación del comer-

cio que afectaba cada vez más a artículos básicos para la supervivencia. La Revolución Industrial y la densificación de la red mundial produjeron una transformación de la condición humana que sólo puede ser comparada con la que acompañó a la introducción de la agricultura varios milenios antes. En 1914, antes de comenzar la Primera Guerra Mundial, la red se mantenía unida gracias al acero, al vapor y a los cables, su extensión abarcaba todo el planeta, y por ella circulaban grandes cantidades de productos, información y personas a un coste decreciente y a una velocidad en aumento, que los siguientes desarrollos tecnológicos no harían sino acentuar. Puede decirse que la globalización era ya un hecho, hasta el punto de que, según muchos autores, en la actualidad el comercio internacional simplemente ha recuperado la importancia relativa que tenía en aquel momento.

Impulso y retroceso en la red

La causa fundamental de la expansión de las redes es invariablemente la misma: las nuevas formas civilizadas de las sociedades humanas pueden interactuar más productivamente con su entorno, procurándose más alimentos y energía, con lo cual generan una riqueza y un poder muy superiores a los de las sociedades precedentes. Las tecnologías de la comunicación y el transporte han jugado siempre un papel clave en este proceso. La primera red mundial carecía de escritura, ruedas y animales de carga, y los mensajes y los objetos que circulaban por ella eran de pequeño volumen y lo hacían a una velocidad lenta. La escritura, la imprenta, el telégrafo e Internet fueron avances cruciales para la transmisión de la información; y las ruedas, el barco de vela, los ferrocarriles y el avión lo fueron para el transporte. Cada uno de ellos redujo notablemente, además, los costes de transmitir la información y el transporte de productos, e incrementó su alcance y su velocidad, esto es, mejoraron la comunicación y constituyeron el soporte que permitió expandir tanto las empresas económicas como las políticas y las culturales.

Todavía en 1800, las personas, las mercancías y la información tardaban bastante más de un año en dar la vuelta al mundo. Pero ya en 1930 una llamada telefónica era instantánea y su coste se reducía progresivamente: tres minutos de conversación entre Londres y Nueva York costaban trescientos dólares; en 1970, veinte; y alrededor de treinta centavos de dólar en 2001. El comercio de larga distancia sufrió una auténtica transformación cuantitativa y cualitativa, y de haber estado reducido casi a mercancías preciosas pasó,

La tendencia a conectar, integrar e internacionalizar las sociedades humanas se producido e intensificado a lo largo de miles de años

a partir de 1800, a incorporar crecientes cantidades masivas de materias primas. Los grandes cambios tecnológicos en las comunicaciones y el transporte que caracterizaron el siglo XX (el teléfono, el automóvil, la radio, el avión, el cine, Internet...) colaboraron a estrechar la red y alteraron las pautas de la vida cotidiana de las personas de todo el planeta. Democratizaron mucho la transmisión de la información en los países prósperos y contribuyeron, al menos hasta alrededor de 1975, a reducir la precariedad de las personas más necesitadas de esos países, confiriendo a esas sociedades una riqueza y un poder que las separó aún más de las de las naciones pobres del planeta.

No obstante, cada estadio de desarrollo de la red se sostuvo tanto con la cooperación como con el conflicto, y en algunos casos provocó abruptas rupturas biológicas y culturales con las formas precedentes de vida. Así, la expansión de la agricultura y la domesticación de animales causó –además de un notable incremento de la riqueza disponible– una importante alteración de los ecosistemas de la Tierra, que sólo sería superada por la que acompañó a la Revolución Industrial. El crecimiento de las redes aparejaba la aparición de nuevos riesgos y peligros, pues las comunidades fueron más vulnerables a las infecciones (al permanecer en contacto más estrecho con sus propios desechos) y al estar más expuestas a contraer las infecciones víricas de sus animales domésticos (la viruela, el sarampión o la gripe). Con el tiempo, la confluencia de las distintas redes en una sola red global homogeneizó las cepas de las enfermedades y restringió los riesgos de las grandes epidemias, al adquirir cada vez más personas los mismos anticuerpos. Mientras que aquellas zonas que habían permanecido más aisladas se hicieron más vulnerables y sufrieron con un rigor extremo su incorporación a la red mundial (como bien puede atestiguar la muerte de millones de habitantes del continente americano tras entrar en contacto con las enfermedades de los europeos). Pero el proceso continuó, y los avances médicos e higiénicos (entre los que destaca el alcantarillado de las ciudades) contribuyeron posteriormente a incrementar la salud y el bienestar físico de un gran número de personas. No obstante, y pese a la creencia casi generalizada, este proceso no ha concluido, como demuestran la epidemia del Sida, el fenómeno de las vacas locas o la reciente gripe asiática.

El proceso de formación de la red mundial no fue lineal, regular o equilibrado. Por el contrario, sufrió numerosos reveses, como el desmembramiento del Imperio Romano, que sucumbió a la presión demográfica de los pueblos de la estepa, la transformación del equilibrio militar y las epidemias, afectando especialmente a la Europa mediterránea, que experimentó una disminución de su población, el declive de sus centros urbanos y la decadencia de la instrucción y la cultura. Algunos de esos reveses fueron definitivos, como el derrumbamiento de la sociedad maya alrededor del año 900, en tanto que otros fueron frenazos momentáneos del impulso globalizador. Tal fue el caso de la Primera Guerra Mundial, que hizo temblar los cimientos políticos y económicos de Europa y tuvo repercusiones en todo el mundo, que acabaron plasmándose en la Gran Depresión de 1929. Se produjeron profundos y perjudiciales cambios en la prosperidad de la mayoría de las naciones –basada en parte en el libre movimiento de mercancías, capitales y personas–, que debilitaron la política que sostenía el liberalismo y generaron un resentimiento y temor

que alimentaron el nacionalismo y acabaron provocando la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, al concluir la guerra, se renovó el impulso para la creación de nuevas instituciones internacionales (ONU, FMI, BM...) que organizaron un nuevo régimen internacional que preparó la llegada del nuevo impulso globalizador de finales del siglo XX.

Los efectos y las consecuencias del proceso de globalización a lo largo de la historia (que terminaron por alcanzar a todas las personas del planeta), no se distribuyeron de manera equilibrada entre ellas ni entre las sociedades a las que pertenecían. En cada momento, la riqueza y el poder se concentraron allí donde la especialización del trabajo y la movilización del esfuerzo humano llegaron más lejos y con más rapidez, y acentuaron la competencia e incrementaron los conflictos al alterar las relaciones de poder existentes, creando temor e incertidumbre entre muchas personas y, en consecuencia, alumbrando fuerzas de resistencia activa al proceso que hoy denominamos “modernización”: algunos, como Sócrates, se opusieron a la utilización de la escritura; otros, como los luditas, lucharon contra la maquinización impulsada por la Revolución Industrial; y, más recientemente, el conglomerado de los movimientos *altermundistas* trata de frenar parte de las peores consecuencias del presente estadio de la globalización. Actualmente, la sociedad humana es una enorme y compleja red de cooperación y competencia sostenida por flujos masivos de información y energía. Pero la tendencia de la sociedad a generar y mantener desigualdades sociales –que resulta evidente a lo largo de la historia–, combinada con la generalización del acceso a la información y, por lo tanto, con la evidencia de tales desigualdades, forma un cóctel explosivo. Continuamos inmersos en el proceso globalizador, y lo seguiremos estando, sencillamente porque la mayoría de las personas, la mayor parte del tiempo, prefiere la riqueza y el poder, colectivos y personales, a la pobreza y la debilidad, aunque el precio sea la subordinación y la dependencia de otros, y luchará por esos objetivos le pese a quien le pese y pase lo que pase.

La hegemonía europea en la red

Los resultados del crecimiento de las redes humanas han sido desiguales incluso en una misma zona del planeta, aunque fuera ésta la que lideró y hegemonizó el proceso de confluencia en una red mundial. La expansión europea que iniciaron españoles y portugueses en el siglo XV permitió la progresiva colonización del mundo por parte de este continente y puso los cimientos del mercado mundial.

La Revolución Industrial produjo una transformación de la condición humana que sólo puede ser comparada con la que acompañó a la introducción de la agricultura

12. David S. Landes, *La riqueza y la pobreza de las naciones*. Editorial Crítica, Barcelona, 1999, pág. 187.

Sin embargo, el primer imperio económico mundial no lo establecieron las naciones que iniciaron la conquista ni ninguno de los grandes países europeos. Fue la intrincada red de ciudades marítimas, aldeas manufactureras del interior, puertos pesqueros y agricultura especializada de la República Neerlandesa del siglo XVII la que constituyó el primer imperio económico verdaderamente mundial de la historia.

Pero la velocidad de la globalización se aceleraba, y en el siguiente siglo el liderazgo cambió de manos. La Revolución Industrial que comenzó en Gran Bretaña en el siglo XVIII proporcionó a este país una incontestable hegemonía mundial en poco tiempo, al provocar un rápido aumento de la productividad y, en consecuencia, de la riqueza producida. Y como podía esperarse, ese crecimiento produjo de nuevo el incremento de las desigualdades entre las naciones. “En primer lugar en Europa: en 1750, la diferencia en la renta per cápita de la Europa occidental (excluida Gran Bretaña) con respecto a la oriental se situaba en torno al 15 por ciento; en 1800, superaba ligeramente el 20 por 100. En 1860, ascendía al 64 por ciento; en el decenio de 1900, casi al 80 por ciento. La misma polarización, pero mucho más acusada, se produjo entre Europa y los países que más adelante dieron en llamarse del tercer mundo”¹².

A mediados del siglo XIX, Gran Bretaña era la potencia predominante en el mundo. Países como Francia, Alemania o Suiza estaban claramente rezagados. ¿Cómo consiguieron alcanzar y, en no mucho tiempo, sobrepasar a los ingleses? En pocas décadas levantaron un sistema educativo general de una calidad claramente superior al del británico, y concentraron buena parte de sus esfuerzos en la enseñanza científica y tecnológica, abriendo la puerta a nuevas ramas de conocimiento de gran potencial económico, entre las que destacaron la química y la eléctrica. En estos campos, y frente a la divisa británica de aprender mediante la práctica, destacaron las nuevas instituciones educativas politécnicas del continente, que generaron y difundieron las nuevas tecnologías que provocaron un nuevo salto hacia delante.

El proceso de industrialización de la Europa continental se reprodujo algo más tarde en Escandinavia, área dramáticamente pobre en el siglo XVIII. Sin embargo, la riqueza intelectual de la región facilitó que los esfuerzos pudieran concentrarse en la adquisición de los conocimientos que permitieron, pese al retraso inicial, un rápido despegue. En 1830, la renta de los españoles superaba claramente a la de los nórdicos; en 1913, ya no llegaba a ser ni la mitad de ésta. El conocimiento científico y tecnológico y sus aplicaciones prácticas constituyeron el principal instrumento que permitió a buena parte de los países del continente abandonar su retraso con respecto a Inglaterra y presentarse en los albores del siglo XX como los países, junto a los Estados Unidos, con más expectativas de desarrollo del mundo.

España pierde el Norte

Si el despegue económico europeo se inició con la era de los descubrimientos, ¿qué ocurrió con España?, el país que inauguró dicha era. Si para algunas naciones como Holanda e Inglaterra la apertura constituyó una ocasión para hacer cosas nuevas de modos nuevos, de subirse a la ola del progreso tecnológico, para España fue una invitación al boato, a per-

severar en el antiguo modo de proceder, pero a una escala mucho mayor. “Dicho de otro modo, España se hizo (o siguió) pobre porque tenía demasiado dinero. Las naciones que trabajaron aprendieron buenas costumbres y las conservaron, tratando de encontrar nuevos medios de perfeccionar y agilizar el trabajo. Los españoles, por su parte, se dejaron arrastrar por su inclinación a las apariencias sociales, el ocio y los entretenimientos, lo que Carlo Cipolla llama ‘la mentalidad de hidalgo imperante’. No eran los únicos. En todos los países europeos se tenía por honrada la vida ociosa y se despreciaba el trabajo manual; en España, sin embargo, esta actitud era más radical, en parte porque una sociedad fronteriza y belicosa no es buena maestra de la paciencia y el trabajo duro, en parte porque la artesanía y los trabajos industriales y agrícolas estuvieron mucho tiempo en manos de minorías expulsadas, como los judíos y los musulmanes”¹³.

El poder económico y la riqueza se desplazaron del sur hacia el norte, porque en esa dirección se desplazaron los conocimientos. La Reforma protestante impulsó la lectura y la escritura, avivó las disidencias y las herejías, y fomentó el rechazo de la autoridad religiosa en las materias científicas, a la par que España se cerraba sobre sí misma e impedía que los españoles pudieran estudiar en el extranjero para evitar la contaminación de las nuevas doctrinas, lo que provocó un incremento de la ortodoxia, la intolerancia y la represión que le llevaron a perder el tren de la revolución científica y a convertirse en un país caracterizado por el atraso cultural. Al comenzar el siglo XX, cuando sólo el 3 por ciento de la población de Gran Bretaña era analfabeta, la cifra era del 48 por ciento en España.

Obviamente, este país ha cambiado mucho en las últimas décadas. Sin embargo, el problema, aunque atemperado, continúa siendo parecido: una relativa escasez de emprendedores, la baja calidad de la enseñanza y la pobreza de la investigación científica y tecnológica. España se ha beneficiado –¡y de qué manera!– de su incorporación a la Unión Europea, pero su economía continúa siendo escasamente innovadora y competitiva si la comparamos con la de los países más desarrollados del continente. El actual crecimiento económico español se sustenta básicamente en el turismo, la burbuja inmobiliaria, las ayudas europeas y el trabajo basura. Pobres pilares para el desarrollo futuro. Y bien puede decirse que la situación descrita es la que caracteriza a nuestro Archipiélago. La sociedad canaria no ha sido capaz, como el conjunto de la española, de

Cada estadio de desarrollo de la red se sostuvo tanto con la cooperación como con el conflicto, y en algunos casos provocó abruptas rupturas

13. David S. Landes, *La riqueza y la pobreza de las naciones*. Editorial Crítica, Barcelona, 1999, pág. 167.

14. David S. Landes, *La riqueza y la pobreza de las naciones*. Editorial Crítica, Barcelona, 1999, pág. 258.

15. John Gray, *Falso amanecer. Los engaños del capitalismo global*. Ediciones Paidós, Barcelona, 2000, pág. 27.

utilizar los cuantiosos ingresos de los que se ha beneficiado para colocar las bases de un desarrollo acorde con los retos de la sociedad de la información.

La historia que hemos descrito en las páginas precedentes nos proporciona una enseñanza fundamental: “Las instituciones y la cultura son lo más importante; el dinero viene luego, pero, desde el principio y cada vez más, el factor decisivo es el saber”¹⁴. Así se explica el despegue económico que vive en la actualidad el Este de Asia, la región que mayores esfuerzos ha hecho por elevar la calidad de su sistema educativo y especialmente el destinado a la investigación científica y tecnológica (por ejemplo, Corea triplica el porcentaje de la riqueza que España dedica a Investigación y Desarrollo). Y pone de relieve el drama que significa para los continentes africano y suramericano la emigración, que aspira hacia los países ricos del Norte a muchos de sus ciudadanos más capaces e innovadores.

4. *Un corto reinado: el libre mercado*

El estudio de la historia nos muestra, efectivamente, que el proceso que denominamos globalización viene de lejos. Sin embargo, en no pocas ocasiones se confunde hoy en día ese proceso con el intento político de instaurar sociedades de mercado. En opinión de los fundamentalistas de mercado, el libre mercado sería una institución casi natural a la que tenderían todas las sociedades que alcanzan un alto estadio de desarrollo económico. No obstante, esta idea nada tiene que ver con lo que nos enseña tanto la historia como un análisis sin prejuicios ideológicos de la realidad actual. La sociedad basada en el libre mercado sólo se ha plasmado en dos momentos concretos de la historia: en la Inglaterra victoriana del siglo XIX y en las dos últimas décadas del siglo XX, y exclusivamente en los países anglosajones.

En la Inglaterra de mediados del siglo XIX se abordó la liberación de la vida económica de sus controles sociales y políticos. Y para ello surgió la nueva institución: el libre mercado, que provocó la destrucción de los mercados arraigados en el terreno social que habían existido durante siglos. Surgió un nuevo tipo de economía en la que los precios de todos los bienes, incluyendo el trabajo, dejaban de acomodarse a las necesidades sociales. Ahora bien, los daños causados por el libre mercado a otras instituciones sociales y al bienestar de la población originaron movimientos políticos que acabaron con él. “El *laissez-faire* de mediados de la era victoriana demostró que la estabilidad social y el libre mercado no son compatibles durante mucho tiempo. Antes de finales del siglo habían terminado con el breve episodio del *laissez-faire* en Inglaterra. Cuando estalló la Primera Guerra Mundial, ya existían en Gran Bretaña las bases del Estado del bienestar. El libre comercio sobrevivió hasta que la Gran Depresión ejerció su impacto sobre Gran Bretaña, persistiendo como dogma mucho después de que su utilidad como ideología se hubiera agotado. Sólo se descartó cuando la pérdida de las ventajas comparativas de Gran Bretaña en el comercio internacional se volvió intolerable”¹⁵.

A finales de la década de los setenta del siglo XX asistimos a un nuevo intento de introducir el libre mercado en Gran Bretaña y en los Estados Unidos. Pero esta vez la cruzada pretendió abarcar al conjunto del planeta, y se plasmó en lo que conocemos como el Consenso de Washington, y a él se ha ceñido la actuación de las principales instituciones

económicas transnacionales: Fondo Monetario Internacional, Organización Mundial de Comercio, Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico y, ahora en menor medida, el Banco Mundial. Sin embargo, el mercado libre global es un proyecto ideológico tan condenado al fracaso como el del comunismo mundial. Este anacrónico regreso del libre mercado durante las décadas de 1980 y 1990 constituirá un capítulo efímero en la historia, aunque desconocemos cuáles serán sus secuelas y su influencia en el próximo futuro.

Lo que sí sabemos es que el libre mercado está muy lejos de ser una institución *natural*. Por el contrario, los mercados regulados, o con limitaciones, son la norma en casi todas las sociedades. Lo habitual es que los mercados estén imbricados en la vida social de su comunidad y que sus actividades se vean constreñidas por las instituciones de mediación de esas sociedades. Nos encontramos ante una utopía de imposible realización, porque los intentos de alcanzarla provocan trastornos sociales e inestabilidad económica y política a gran escala. La increíble desigualdad que genera el libre mercado acaba imposibilitando su compatibilidad con una sociedad democrática.

El mito del libre mercado

Además, el libre mercado, la mano invisible o la competencia perfecta no son más que mitos de una teoría económica que jamás se han plasmado en la realidad. Referirse a la perfecta eficiencia del libre mercado en la época de los escándalos empresariales y las burbujas bursátiles e inmobiliarias resulta ciertamente incongruente. De hecho, en el mercado más libre y dinámico, el financiero, la eficiencia que muestran los agentes del mercado es para echarse a llorar: destinan ingentes cantidades de dinero a la investigación y a la predicción, aunque “un estudio tras otro viene demostrando que, a la hora de seleccionar valores, la mayoría no obtiene un resultado mejor que el que obtendría lanzando dardos a una diana”¹⁶.

Esta interesada política se le ofrece a la sociedad con el siguiente argumento: la desregulación y la liberalización incrementarán la competencia en los mercados, beneficiando a los consumidores y, en consecuencia, al conjunto de la sociedad. Ahora bien, se plantea un interrogante curioso: si la competencia en el mercado fuera perfecta, tal como sostiene el mito neoliberal, los beneficios empresariales tenderían a acercarse a la siguiente cifra: cero. ¿Cómo es posible que los grandes grupos económicos presionen para que se adopten unas medidas que acabarían con sus beneficios?

La riqueza y el poder se concentraron allí donde la especialización del trabajo y la movilización del esfuerzo humano llegaron más lejos y con más rapidez

16. Joseph E. Stiglitz, *Los felices 90. La semilla de la destrucción*. Taurus, Madrid, 2003, pág. 101.

17. Joseph E. Stiglitz, *Los felices 90. La semilla de la destrucción*. Taurus, Madrid, 2003, pág. 146.

18. Joaquín Estefanía, *La cara oculta de la prosperidad*. Taurus, Madrid, 2003, pág. 150.

Obviamente, nos están vendiendo gato por liebre. Fue el propio Adam Smith quien puso de relieve que uno de los más importantes fallos del mercado se derivaba del esfuerzo de los empresarios por suprimir la competencia. Y todas las políticas antimonopolio que se arbitraron en el siglo XX surgieron para evitar esa tendencia de las empresas a adoptar comportamientos que iban en detrimento de la libre competencia: utilizar el poder del mercado para explotar a los consumidores cobrándoles precios abusivos e intentar evitar la entrada de nuevos competidores.

No se trata, por tanto, de liberalizar el mercado, sino de apropiárselo. La diferencia que separa la teoría de la práctica de los defensores del mercado libre la reflejaba bien –y desde una posición privilegiada en la Administración Clinton– el Nobel de economía Joseph Stiglitz: “Como presidente del Consejo de Asesores Económicos, observé tres principios que se cumplían casi indefectiblemente entre quienes venían a pedirnos ayuda. Primero: la gente de negocios generalmente se opone a las subvenciones... para todos menos para sí mismos. Cuando se trataba de su propio sector económico, invariablemente encontraban un aluvión de argumentos para explicar por qué era necesaria alguna ayuda del Gobierno. Desde la competencia desleal en el extranjero a un descenso inesperado en casa, las historias eran infinitas. Segundo: todo el mundo está a favor de la competencia... en todos los sectores de la economía, menos en el suyo propio. Y tercero: todo el mundo está a favor de la franqueza y la transparencia... en todos los sectores de la economía, menos en el suyo propio”¹⁷.

La creencia en que los mercados son estables, eficientes y competitivos por sí mismos, sin mediación social, tiene mucho más que ver con la fe que con la realidad. El fundamentalismo de mercado es una ideología que se contradice con la experiencia económica. En realidad, esa experiencia indica que el mercado requiere de normas externas para que pueda funcionar más correctamente. “Un cuarto de siglo de moda liberalizadora demuestra la necesidad de conjugar el binomio liberalización-regulación con mucha fuerza: cuanto más liberalización, más regulación. La liberalización y la desregulación no son conceptos homólogos, sino antinómicos: la liberalización de los sectores económicos puede ser eficaz y coherente si se la acompaña de una intensa vigilancia de los organismos reguladores que impida la ley de la selva”¹⁸.

5. La expansión del turbocapitalismo

Esa aplicación interesada del mito del libre mercado ha contribuido al crecimiento de las desigualdades a todos los niveles que muestra el mundo actual. La revolución conservadora, liderada por Margareth Thatcher y Ronald Reagan, se encargó de cuestionar el reparto de la riqueza imperante para reclamar una nueva política: dirigida a beneficiar a los que apenas nada necesitan en perjuicio de los que casi nada poseen. Fue a finales de la década de los setenta y a comienzos de la de los ochenta cuando comenzó a imponerse el nuevo modelo de capitalismo que Edward Luttwak ha denominado gráficamente *turbocapitalismo*. “Sus partidarios no utilizan este término. Simplemente lo llaman el libre mercado, pero por ese par de palabras entienden mucho más que la libertad para comprar y vender. Lo que ensalzan, predicán y exigen es un sistema de empresa privada liberado de las regu-

laciones gubernamentales, sin un control efectivo por parte de los sindicatos, sin la traba de escrúpulos sentimentales sobre el destino de los trabajadores o de las comunidades, sin la limitación de barreras aduaneras o restricciones a la inversión y con la mínima imposición fiscal posible. Lo que reclaman con insistencia es la privatización de todos los negocios en manos del Estado y la conversión de las instituciones públicas –desde las universidades y los jardines botánicos hasta los centros penitenciarios, desde las bibliotecas y las escuelas públicas hasta los geriátricos– en empresas privadas dirigidas al lucro. Lo que prometen es una economía más dinámica que generará más riqueza. En cambio, de lo que no hablan es de la distribución de esa riqueza, ya sea de nuevo o viejo cuño. Lo llaman el libre mercado, pero yo lo denomino capitalismo turboalimentado o, por la brevedad del término, turbocapitalismo, pues se diferencia mucho del capitalismo estrictamente controlado que surgió en 1945 y se mantuvo hasta la década de los ochenta, de aquel que trajo la sensacional novedad de la opulencia a los habitantes de Estados Unidos, de Europa occidental, de Japón y de todos los países que siguieron este camino”¹⁹.

Según los entusiastas del nuevo modelo, el viejo capitalismo regulado habría provocado una interferencia perniciosa del Estado que dificultaba el crecimiento económico. Sin embargo, ese repetido argumento se desploma cuando se comprueba que el crecimiento de la economía en esas tres zonas fue mayor en el lapso de tiempo que va desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta mediados de los años setenta que el que se produjo durante las décadas de los ochenta y noventa del pasado siglo. En cualquier caso, las posibles ineficacias del capitalismo regulado fueron compensadas sobradamente por las indudables ventajas que proporciona la mayor estabilidad y cohesión social.

No obstante, desde el punto de vista político, el principal problema que provoca la actual versión neoliberal del capitalismo es el trasvase de poder de las instituciones públicas hacia los intereses económicos privados, lo que reduce el control democrático del espacio público. Es este vaciamiento de la democracia en favor de la economía lo que explica la dicotomía que se plantea actualmente con insistencia creciente: *Libertad o capitalismo*²⁰.

El preso, la sirvienta y el mendigo

El modelo económico prescrito por los partidarios del turbocapitalismo ha sido normalmente el estadounidense, del que se retrata exclusivamente una de sus caras: el dinamismo, la eficiencia

El crecimiento provocado por la Revolución Industrial produjo de nuevo el incremento de las desigualdades entre las naciones

19. Edward Luttwak, *Turbocapitalismo. Quiénes ganan y quiénes pierden en la globalización*. Editorial Crítica, Barcelona, 2000, pág. 49.

20. Ulrich Beck, *Libertad o capitalismo*. Ediciones Paidós, Barcelona, 2002.

21. Edward Luttwak, *Turbocapitalismo. Quiénes ganan y quiénes pierden en la globalización*. Editorial Crítica, Barcelona, 2000, pág. 133.

22. Jorge Marsá, “Inseguridad ciudadana”, *Canarias7*, 28 de diciembre de 2003.

empresarial y sobre todo la capacidad para generar empleo. Es cierto que la economía estadounidense revela un dinamismo notable y que crea puestos de trabajo, tanto como que “a una empresa norteamericana le resulta mucho más barato contratar a 95 empleados de cada 100 disponibles (dejando un 5 por ciento de desempleo, por decirlo así) y pagarles 7,66 dólares por hora, que suponen unos costes salariales de 29.108 dólares por semana, que a las empresas alemanas pagar 20 dólares por hora a 90 empleados (dejando un 10 por 100 de desempleo), con unos costes salariales de 72.000 dólares por semana”²¹. Resulta curioso que las sociedades de la abundancia, que tanto énfasis ponen en la calidad de vida, pongan tan poco en la calidad del trabajo que realizan la mayoría de sus integrantes.

La otra cara que se publicita menos nos la muestran las consecuencias sociales de ese modelo. Dos son las más llamativas: en primer lugar, el notable incremento de la riqueza de la sociedad norteamericana durante las dos últimas décadas ha ido a parar casi exclusivamente a los que más tienen, hasta el punto de que los ingresos de la mayoría de los estadounidenses son hoy iguales o menores que hace veinticinco años. En segundo lugar, ese crecimiento de las desigualdades ha incrementado la inseguridad. Y para combatirla se ha acudido a una política de encarcelamiento masivo. “Cuando Ronald Reagan llegó al poder, en 1980, estaban encarcelados 139 de cada 100.000 norteamericanos; hoy, esa cifra se ha multiplicado por cuatro y el índice supera los 500 reclusos. Si a los dos millones de encarcelados le sumamos la cantidad de ciudadanos que se encuentran en libertad vigilada o bajo palabra, descubriremos que la suma de norteamericanos condenados judicialmente sobrepasa la escalofriante cifra de seis millones. La justicia se ha convertido en la herramienta preferida para combatir el conflicto social en ese país, por lo que no extraña que en él hallemos a la tercera parte de los abogados en activo del mundo. EE. UU. se ha convertido en el reino de la inseguridad, como bien ilustra que más del 10% de la población viva hoy en edificios cuya seguridad está a cargo de guardias particulares o bien en urbanizaciones privadas vigiladas de la misma forma”²². Es cierto que en este país, la población reclusa siempre ha sido superior a la europea y el reparto de la riqueza notablemente más desigual. Pero sólo con la llegada del turbocapitalismo se dispararon estos fenómenos hasta sus actuales niveles.

La desigualdad creciente se ha traducido también en lo que puede denominarse el retorno del servicio doméstico. Una sociedad en la que los ricos no encuentran tiempo libre ni los pobres empleo estable ha vuelto a recurrir a las criadas. Obviamente, ese papel se le adjudica ahora al sector social al que puede sobreexplotarse con más facilidad: las inmigrantes. Una mano de obra tan barata, que ya comienzan a tener criada sectores de las clases medias de las sociedades ricas.

Hoy puede hablarse, sobre todo en EE. UU. y Gran Bretaña, de un retorno de la pobreza. Los pobres, que hace treinta años comenzaban a escasear en las aceras de las ciudades de los países más desarrollados, han vuelto a las calles. La minoría excluida ha visto agravada su situación por la disminución de las políticas redistributivas y del gasto social destinado a los más necesitados. Y aunque es cierto que esto no ha ocurrido en todos los países y que en casi todas las sociedades ricas la mayoría de la población ha prosperado, los

extremos se han hecho más visibles: tanto la ostentosa abundancia de la minoría más rica como la extrema carencia de la minoría más pobre.

Del capitalismo popular a los salteadores de bolsa

En los años ochenta, a la par que los *yuppies*, surgió el concepto de *capitalismo popular*: el capitalismo se democratizaba al repartirse la riqueza por medio de la posesión de acciones por una parte importante de la sociedad. A partir de ese momento, serían multitud los beneficiarios del casino. Pero el capitalismo popular se convirtió sin pasar mucho tiempo en el *capitalismo de amiguetes*. Y aunque la fiesta se prolongó, no fue posible, pese a lo anunciado, evitar la resaca posterior: “La edición 2003 del *Global Investment Return Yearbooks* cifra en 13 billones de dólares la riqueza destruida en Bolsa en los tres últimos años, equivalente a 2.000 dólares por cada ser humano del planeta. Como, según la misma estimación, no más del 2 por ciento de la población mundial es propietario de acciones, esa relación por habitante es aproximadamente de 100.000 dólares”²³.

El fin de la burbuja financiera, que se había mantenido durante cerca de una década, vino acompañado por el descubrimiento de una auténtica explosión de la corrupción en el mundo empresarial. Hasta el punto de que por primera vez en la historia de EE. UU. los políticos son hoy más populares que los empresarios. Asistimos en todo el mundo desarrollado –aunque con mayor intensidad en EE. UU.– a una concentración de escándalos y estafas empresariales sin precedentes, consecuencia bastante directa de la desregulación del mercado que se produjo en las últimas dos décadas.

Hemos vivido en el paraíso del “enriqueceos”, y quién mejor que los directivos de las grandes empresas para aplicar con éxito la máxima. Dedicaron buena parte de sus esfuerzos a incrementar sus ingresos y, de nuevo, este fenómeno alcanzó sus más altas cotas en EE. UU. “Durante los años noventa la remuneración de los directores generales de las empresas estadounidenses generalmente no guardaba ninguna relación con el curso habitual de la economía. La compensación se elevó a niveles inauditos, desafiando todas las leyes de la economía. Los mercados competitivos dictan que las compensaciones deben determinarse en función de la oferta y la demanda. Pero si fuera cierto que la compensación está determinada por las fuerzas competitivas, ésta sólo podría aumentar en respuesta a un cambio considerable en la demanda o en la oferta. Sin embargo, ni el número de directores generales en el mercado se

***España se hizo
(o siguió) pobre
porque tenía
demasiado
dinero***

23. Joaquín Estefanía, *La cara oculta de la prosperidad*. Taurus, Madrid, 2003, pág. 163.

24. Joseph E. Stiglitz, *Los felices 90. La semilla de la destrucción*. Taurus, Madrid, 2003, pág. 164.

25. Joseph E. Stiglitz, *Los felices 90. La semilla de la destrucción*. Taurus, Madrid, 2003, pág. 162.

redujo drásticamente ni la productividad o el rendimiento de éstos se elevó tanto como para hacerlos merecedores de un repentino aumento del 1.000 por ciento en su remuneración. Durante los años noventa, la compensación de los ejecutivos del nivel más alto se elevó un 442 por ciento en ocho años: de un promedio de 2 millones de dólares a 10,6 millones de dólares. En Japón, por ejemplo, la paga de los ejecutivos generalmente equivale a 10 veces la del trabajador medio; y en Gran Bretaña, es 25 veces superior. En 2000, los directores generales de las empresas estadounidenses percibían más de 500 veces el salario del empleado medio, en comparación con 85 veces más al principio de la década y 42 veces más dos décadas antes²⁴.

Obviamente, estos desmesurados salarios, como las obscenas indemnizaciones que se aseguraban con sus contratos *blindados*, eran aprobados por los consejos de administración de las empresas. Y se detraían, como es natural, de los beneficios destinados a los accionistas. Es sabido que hoy los accionistas disponen de un poder y una capacidad de control casi despreciable sobre los consejos de administración y los ejecutivos que dirigen las corporaciones. Así que muchos de ellos, después de subirse los sueldos, se aprestaron directamente al saqueo de las empresas. Y surgió la moda, legal y que sigue sin considerarse corrupción, de las *stock options*.

Cuando esos ejecutivos recibían *stock options* significaba que la empresa se comprometía a emitir nuevas acciones para entregárselas a sus directivos... disminuyendo así el valor de las acciones ya existentes. Por ello sostiene Joseph Stiglitz: “podría hablarse de las *stock options* como robos empresariales: ejecutivos que roban el dinero de sus accionistas más incautos. Sin embargo, cuando las acciones saltaban de 10 dólares a 20 y luego a 30 dólares, pocos accionistas se daban cuenta. Incluso les parecía que salían ganando. Era como un juego en el que no había perdedores. Pero, desde luego, ellos perdieron. Las acciones se negociaban a 30 dólares en vez de a 40, o a 20 en vez de a 30. Robar –tomar algo de alguien sin su consentimiento– es exactamente lo que estos ejecutivos hacían. Las víctimas no estaban en condiciones de prestar su consentimiento, fundamentalmente porque ni siquiera fueron conscientes de que se les hubiera quitado nada²⁵.”

Además, la generalización de las *stock options* como mecanismo de enriquecimiento de los ejecutivos contribuyó decisivamente a alimentar la burbuja especulativa de las bolsas y al debilitamiento de las propias empresas y, por lo tanto, de la economía real. Porque los beneficios de estos ejecutivos no se incrementaban por asegurar la viabilidad de la empresa a largo plazo, sino que dependían del valor de las acciones a corto plazo, es decir, dependían de proyectar una apariencia de éxito coyuntural en los mercados bursátiles mucho más que de las posibilidades reales de crecimiento futuro.

Otro mecanismo muy utilizado en estos años de la economía de casino para el enriquecimiento de sus protagonistas ha sido el de las fusiones empresariales. Las impresionantes comisiones obtenidas por ejecutivos y banqueros de inversión en cada fusión provocarían el estupor de la ciudadanía si se conocieran. Una fusión u OPA empresarial es también un momento inmejorable para hacer uso de la información privilegiada en la especulación bursátil. Por otra parte, si una fusión entre empresas se revelara económicamente incon-

veniente poco tiempo después, como ha sucedido aproximadamente en la mitad de los casos, surgía otra oportunidad para embolsarse las nuevas comisiones que se pagarían para deshacer el entuerto y los beneficios que se pudieran volver a extraer en la bolsa.

El resultado de todas estas prácticas ha sido una corrupción que ha convertido en un juego de niños la tradicional del ámbito político. El caso más emblemático ha sido el de la compañía eléctrica norteamericana Enron, que durante los años noventa fue considerada como el paradigma del éxito de la nueva economía en EE. UU. “Lo que subyacía al final de Enron era el engaño: el engaño que le permitió obtener beneficios manipulando el mercado liberalizado de la energía de California, que permitió que los accionistas de Enron se enriquecieran a costa de los consumidores, productores y contribuyentes de California, y el engaño mediante el que sus directivos robaron efectivamente dinero a los accionistas de la compañía para enriquecerse. No consistió en un hecho aislado, sino en un variado repertorio de prácticas. Enron y sus auditores a veces se pasaron de la raya, pero la mayoría de lo que hizo Enron fue legal. Enron fue, en aquel momento, la quiebra más importante de la historia. Esto, por sí mismo, ya entrañaba un considerable interés. La duplicidad que se descubrió rápidamente –el hecho de que los altos directivos animaran a sus empleados a comprar acciones mientras ellos las estaban vendiendo–, las penurias que se vieron obligados a sufrir los empleados que perdieron sus trabajos y sus pensiones, y el contraste con los altos directivos que parecían tan bien protegidos; la estrecha relación entre Enron y su presidente con el Gobierno de Bush... todo ello garantizaba que la historia de Enron se convertiría en un éxito mediático. Pero en cambio ha sido poco a poco, según iban transcurriendo los meses, cómo se ha ido descubriendo en qué medida la historia de Enron era la misma que la historia de los noventa: los excesos de la desregulación, las argucias contables, la codicia empresarial, la complicidad bancaria. Así también, a medida que la globalización abrazaba el mundo, Enron abrazaba la globalización, y mostraba al mundo su lado más oscuro. Su final, y los problemas que quedaron al descubierto tras el mismo, han fortalecido las críticas a la globalización. Desde entonces los hechos han demostrado que si bien los problemas de Enron fueron extremos, no fueron aislados; que, incluso, en algún sentido, permanecen”²⁶.

La vieja aspiración a la igualdad se difumina

La consecuencia fundamental de dos décadas de turbocapitalismo es bien conocida: el incremento de la desigualdad. Sin embargo,

Cada versión del capitalismo se articula con la cultura específica en la que se produce, y no parece que vayan a converger, ni económica ni políticamente

26. Joseph E. Stiglitz, *Los felices 90. La semilla de la destrucción*. Taurus, Madrid, 2003, pág. 313.

27. Joaquín Estefanía, *La cara oculta de la prosperidad*. Taurus, Madrid, 2003, pág. 138.

28. Edward Luttwak, *Turbocapitalismo. Quiénes ganan y quiénes pierden en la globalización*. Editorial Crítica, Barcelona, 2000, págs. 294-295.

“los análisis sobre la desigualdad no suelen figurar en los planes de estudios de las escuelas de negocios ni en los discursos económicos más ortodoxos. Sencillamente son marginados. Como si no existieran. En un interesantísimo artículo publicado en la revista semanal de *The New York Times*, Paul Krugman ha estudiado estos *olvidos* que, según él, no son tales sino fruto de una política medida que busca beneficiar a los más ricos. Según el economista que ha sustituido a Galbraith en las iras de los americanos más conservadores, los grandes recortes de impuestos de los últimos veinticinco años en Estados Unidos, los recortes de Reagan en la década de los ochenta, y los últimos recortes de Bush, están fuertemente inclinados a favorecer a los más acomodados. A medida que los ricos se hacen más ricos pueden comprar muchas cosas además de bienes y servicios. El dinero compra influencia política. Usado inteligentemente también comprará la influencia intelectual. El resultado, dice Krugman, es que las crecientes disparidades de renta en Estados Unidos, lejos de desembocar en la exigencia de reducirlas, se han acompañado de un movimiento creciente para permitir a los ricos quedarse con una mayor parte de las ganancias y traspasar la riqueza a sus descendientes”²⁷. Es decir, que el visible incremento de las desigualdades en el interior de cada nación tiene menos relación con la globalización que con una opción claramente política: la *revolución* de los ricos para incrementar su parte en el reparto de la tarta.

Y el resultado de esa revolución conservadora sólo puede contrarrestarse por medio de la aplicación de medidas políticas cuyo ámbito continúa siendo hasta el momento básicamente nacional: “el uso del poder estatal para cambiar o bien el mismo turbocapitalismo o bien sus resultados mediante la redistribución de los ingresos. La primera vía se ha llevado a cabo anteriormente: por medio de las regulaciones, de las planificaciones indicativas o de la propiedad pública. La última se está llevando constantemente a la práctica en todos los países desarrollados del mundo mediante impuestos sobre la renta progresivos. Con todo, en el clima actual la idea de que el Estado debería domesticar el mercado en lugar de tratar de colaborar para que funcione con dinamismo se ha convertido en algo innominable y casi impensable”²⁸. Incluso entre la izquierda actual, que no ha encontrado recambio para las tradicionales políticas redistributivas keynesianas y parece incapaz de hacer frente a los retos planteados por el turbocapitalismo. El sector más radical se centra en la antiglobalización y en la adicción a la ideología, abandonando en la práctica el principal campo en que puede enfrentarse la revolución conservadora: el nacional. La izquierda más moderada se dedica a gestionar ese turbocapitalismo, prisionera de la idea de que redistribuir la riqueza reduce los incentivos para crearla. De los demócratas estadounidenses a los laboristas ingleses, de las actuales reformas en Alemania al programa presentado en las pasadas elecciones por los socialistas españoles, casi todo el espectro socialdemócrata muestra esa orfandad de ideas que le impide plantear nuevas vías para una reforma del sistema económico dirigida a disminuir las crecientes desigualdades. Y en la mayoría de los casos, la globalización se convierte en el principal argumento para justificar la parálisis. Ninguna corriente política afronta hoy seriamente la lucha contra la desigualdad, nuevas políticas que pongan el acento en la característica fundamental de la izquierda: la igualdad, tanto en el ámbito nacional como en el global. Hasta el momento todo se ha que-

dado en palabras o en una indignación vacía de contenido.

Bien es cierto que la única opción gubernamental que fue un poco más allá, la izquierda plural en Francia, sufrió una derrota estrepitosa en las urnas por la carencia de respaldo de su propia base social, que, desencantada ante la imposibilidad de alcanzar el reino de los cielos, prefirió abstenerse o votar a los troskistas. Es cierto que el poder del dinero influye en las decisiones electorales de la ciudadanía. Pero también lo es que las clases populares, que se han transformado mayoritariamente en clases medias, han pasado en buena medida a engrosar lo que Galbraith denominó “la mayoría electoral satisfecha”²⁹, que en todos los países desarrollados ha preferido elegir las políticas del egoísmo frente a las de la solidaridad. El Partido Popular ganó dos elecciones consecutivas en España con la bandera de la rebaja fiscal. Y el Partido Socialista ha ganado las últimas con la promesa de hacer maravillas sin elevar los impuestos. Resulta obvio que para una política de izquierdas dirigida a disminuir las desigualdades y dotar a este país de un Estado del bienestar a la altura de los europeos más avanzados, es imprescindible elevar la presión fiscal, ¿pero hubiera ganado las elecciones el PSOE el 14 de marzo con esa divisa? La respuesta es negativa. En Canarias, casi dos tercios de los votantes apoyaron la opción de un gobierno de derecha entre Coalición Canaria y el PP. Y en Lanzarote, los votos obtenidos por CC, PIL y PP superan los dos tercios de los votantes. No queda más remedio, por lo tanto, que comenzar a extender las responsabilidades por la actual situación, caracterizada por el incremento de las desigualdades, mucho más allá de los exclusivos círculos de lo que algunos denominan unas veces el poder y otras, el sistema.

6. ¿Desaparición de la diferencia?

Suele sostenerse que la globalización está provocando una homogeneización tanto de los sistemas económicos como de las diferentes culturas, que conlleva una desaparición de las diferencias entre las distintas sociedades humanas. Y de tanto repetirlo, ha acabado por parecerle cierto a la mayoría de la población; sin embargo, dista mucho de serlo. Este temor al desvanecimiento de las diferencias proviene, en realidad, de la asunción de los postulados apriorísticos de las ideologías occidentales herederas de la Ilustración, especialmente del marxismo y del liberalismo económico, que sostienen que el crecimiento económico acabará imponiendo siempre determinado tipo de organización social. Y ese prototipo de sociedad será, obviamente, el propuesto por cada ideología. Porque es tam-

La caída del muro de Berlín puso fin al sueño anticapitalista que caracterizó a la izquierda durante el siglo XX

29. John Kenneth Galbraith, *La cultura de la satisfacción*. Editorial Ariel, Barcelona, 1992.

bién una creencia típicamente occidental pensar que la organización social que se postula es universal, esto es, válida para cualquier sociedad del planeta, y que, por lo tanto, deben asumirse los sacrificios que hagan falta en aras de potenciar el desarrollo económico que nos acabará acercando al paraíso que propugna cada utopía, ya sea la sociedad sin clases del comunismo o el edén del libre mercado.

Durante varios milenios casi todas las sociedades del planeta aceptaron la esclavitud (el modo de producción esclavista, según la vieja terminología marxista), ¿quiere ello decir que habían desaparecido las diferencias entre las distintas comunidades? Centenares de religiones desaparecieron ante el empuje del cristianismo, el islamismo y el budismo, ¿significa esto que las vidas espirituales de los humanos de las diferentes sociedades se tornaron idénticas? Es verdad que el proceso de confluencia de las redes humanas ha contribuido siempre a acercar las ideas, los valores y las actitudes de los diferentes pobladores del planeta, pero ese proceso, aunque estreche el abanico, no ha eliminado las diferencias en cómo las distintas sociedades vivían esas ideas, valores y actitudes. Y además conviene recordar que en muchas ocasiones la adopción de los nuevos valores se produjo porque así lo desearon la mayoría de los integrantes de una comunidad. Por ejemplo: el proceso globalizador está provocando una expansión de la democracia como forma de organizar la convivencia social, ¿constituye un problema que se pierdan formas políticas autoritarias de lo más diversas por la extensión de una de inequívoca procedencia occidental como la democracia?

Lo cierto es que, tras su definición por Adam Smith en 1776 –quien remonta sus orígenes al siglo XIII–, el capitalismo alcanza su auge en el siglo XIX y se convierte en el sistema económico que impera generalizadamente en el mundo hasta la aparición del comunismo en Rusia en 1917, sin que el proceso haya conducido a la tan temida homogeneización, pues no requiere necesariamente que la vida económica esté integrada en la sociedad de la misma manera y con la misma intensidad en cualquier parte del mundo. Además, esa insistencia en equiparar la globalización con una tendencia hacia la homogeneidad no responde a la realidad, que nos muestra que los mercados globales funcionan precisamente gracias a las diferencias entre las distintas sociedades. No hace falta demasiado conocimiento para saber que el capitalismo estadounidense poco tiene que ver con el modelo sueco, como tampoco pueden considerarse homogéneas las maneras de funcionamiento de sociedades como la española o la suiza. Las diferencias entre países como Gran Bretaña e Italia resultan obvias. Y si agrupamos los países por regiones económicas, tendremos que convenir en que los contrastes entre ellas no sólo existen sino que son profundos: el capitalismo de libre mercado de América del Norte es notablemente diferente al del modelo social europeo, ambos son bien distintos del imperante en América Latina, y qué decir de los modelos económicos característicos del continente asiático.

El capitalismo en Asia

El Este de Asia se ha convertido en la región económica de mayor éxito en el momento actual. Y desde luego no parece estar obteniéndolo a base de la imitación mimética de las formas occidentales; menos aún de los modelos utópicos propuestos. “El modelo marxista-

ta, según el cual los avances tecnológicos provocan divisiones y rupturas en las viejas estructuras sociales, es de poca aplicación al caso japonés. Tampoco la historia liberal de la sociedad que evoluciona a través del crecimiento del conocimiento y de la innovación de las ideas. Ninguna narración de la modernización modelada según las historias occidentales es capaz de capturar la experiencia japonesa. La vida ética que el capitalismo japonés expresa no es individualista y no da signos de estar volviéndose tal. Estas diferencias profundas y duraderas entre el capitalismo japonés y el de Inglaterra y Estados Unidos señalan una verdad esencial. Tanto los partidarios como los críticos del capitalismo se han aferrado a la idea de que el individualismo es uno de sus rasgos principales. Pero las vinculaciones entre capitalismo e individualismo no son ni necesarias ni universales, son accidentes históricos. Los primeros teóricos del capitalismo –Adam Smith, Adam Ferguson, Karl Marx, Max Weber y John Stuart Mill– las tomaron erróneamente por leyes universales porque los datos sobre los que basaban sus teorías se limitaban en su mayor parte a los de unos pocos países occidentales. Es cierto que la modernización japonesa involucró muchos préstamos eclécticos de los países occidentales. Sin embargo, ninguna de estas adaptaciones consiguió alterar las estructuras sociales o las tradiciones culturales japonesas. Tampoco se pretendía hacerlo. La industrialización de Japón fue promovida con el propósito de preservar la independencia nacional³⁰.

Pero si las diferencias entre Japón y los países del continente europeo y del norte de América son obvias, también lo son para un observador avezado las que existen entre ese país y las economías emergentes del Este de Asia. Se ha convertido en lugar común la referencia a la actual occidentalización de China en su paulatino abandono del comunismo. La realidad es la contraria: la sociedad china está dejando atrás el violento proyecto occidentalizador inspirado en la teoría marxista y en la práctica soviética –de desastrosos resultados económicos, sociales y medioambientales–, para buscar su propio camino entre las diferentes formas de entender el capitalismo en Asia. Y en ese camino se descubre que, pese al régimen maoísta, el núcleo de los valores de la sociedad china se ha mantenido lo suficientemente intacto como para que las características de su economía actual se reconozcan en el capitalismo practicado por los chinos de la diáspora. Es decir, que el capitalismo chino, como todos, está atravesado por los valores de esa sociedad. Pero si las diferencias entre Japón y China son notables, también lo

La disolución o el relajamiento de la identidad cultural está provocando un notable incremento de la libertad y la autonomía de las personas a la hora de elegir sus estilos de vida

30. John Gray, *Falso amanecer. Los engaños del capitalismo global*. Ediciones Paidós, Barcelona, 2000, págs. 217-218.

31. John Gray, *Falso amanecer. Los engaños del capitalismo global*. Ediciones Paidós, Barcelona, 2000, pág. 248.

son incluso entre ésta última y Taiwan, donde la economía está protagonizada, al contrario que en otros lugares, por pequeñas empresas familiares que han obtenido un gran éxito en la economía mundial, incluso en los sectores más avanzados tecnológicamente. Hasta el punto de que la tasa de crecimiento de la economía taiwanesa durante las últimas décadas ha alcanzado una media del 9 por ciento. Este éxito se ha conseguido con un modelo social que ha convertido a Taiwan en el más igualitario de todos los países capitalistas.

No existe un capitalismo asiático; como tampoco existe un capitalismo occidental. Cada versión del capitalismo se articula con la cultura específica en la que se produce, y no parece que vayan a converger, como auguran marxistas y liberales, ni económica ni políticamente. Frente a estas obsesiones ideológicas típicamente occidentales, el capitalismo de Asia Oriental tiene la ventaja de no sobrellevar la pesada carga de las disputas ideológicas sobre los méritos de un modelo frente a otro. Esta característica parece relacionada con que allí, al contrario que en Occidente, las religiones imperantes no se han considerado nunca en posesión de una verdad única, lo que ha facilitado un enfoque pragmático en la política económica. De esta forma, las instituciones y los mercados se ordenan o reforman en función de cómo afectan a los valores y a la estabilidad de cada sociedad, sin subordinar las actuaciones a los prejuicios de la ideología.

El proceso histórico en las últimas décadas, como es habitual, está caminando por derroteros bien diferentes a los previstos. “El crecimiento de la economía mundial no inaugura una civilización universal, algo que tanto Smith como Marx pensaron, lo que sí hace es permitir el crecimiento de distintos tipos de capitalismo autóctono, diferentes tanto del ideal del libre mercado como entre sí. Se crean así regímenes que alcanzan la modernidad mediante la renovación de sus propias tradiciones culturales, no mediante la imitación de los países occidentales. Existen muchos tipos de modernidad y un número semejante de maneras de alcanzarla. La idea de economía global plural rompe una de las líneas más fuertes del pensamiento occidental moderno. Karl Marx y John Stuart Mill creían que las sociedades modernas de todo el mundo se convertirían en réplicas de las sociedades occidentales”³¹. Lo curioso es que sean muchos, a derecha e izquierda, los que continúan creyendo lo mismo pese a los repetidos desmentidos de la realidad.

El fantasma del capitalismo recorre el mundo

No obstante, por muy diferentes que sean sus versiones, el capitalismo parece destinado a perdurar. La caída del muro de Berlín en 1989 puso fin, al menos por bastante tiempo, al sueño anticapitalista que caracterizó a buena parte de la izquierda durante el siglo XX. El intento de buscar vías no capitalistas a lo largo de ese siglo se saldó siempre con el más absoluto fracaso, plasmándose en soluciones autoritarias que, además, no consiguieron un nivel de desarrollo equiparable al que produjeron los distintos caminos del capitalismo. Así que, a corto y medio plazo, el desarrollo económico mostrará sus diferentes caras dependiendo de las soluciones que adopte cada sociedad. No se producirá, como hemos sostenido, la confluencia en un único modelo. Sin embargo, una cosa parece clara: “No existen en la realidad contemporánea otros caminos para el desarrollo que no sean capitalistas. El capitalismo es una realidad histórica vital para la que no parece haber remedios

a la vista, manifestarse en contra de él, así en bloque, se asemeja a una forma de moralismo al mismo tiempo doctrinaria e insustancial. ¿Hemos encontrado alternativas al trabajo asalariado, a la propiedad privada, al mercado? No, al menos por el momento. Y si esto es cierto, el problema que debe plantearse no es el de la destrucción de un sistema para el cual no tenemos sustitutos mejores en este siglo histórico, sino el de forzarlo a reformas continuas que permitan avanzar en la, llamémosla, ‘humanización’ de sus mecanismos económicos”³².

Esa tarea de “humanizar” el capitalismo no es nueva. De hecho, el “rostro humano” del capitalismo actual (donde lo tiene, y en sus diferentes grados) es el resultado de la lucha de la izquierda política. Allí donde el capitalismo dio muestras de gran dinamismo y capacidad para ampliar su base social, triunfó la versión socialdemócrata de la izquierda; allí donde el capitalismo prodigó menos los beneficios al conjunto de la sociedad prevaleció el alma comunista o revolucionaria de la izquierda. Pero ambas versiones de la izquierda son las mayores responsables de la humanización del capitalismo, porque lo son de que el derecho al sufragio sea universal, o de que lo sean también la educación, la sanidad o las prestaciones sociales en los países más avanzados. La izquierda ha sido durante los dos últimos siglos la mala conciencia del capitalismo, la encargada de reconocer los problemas que la derecha no ve o no quiere ver.

La cultura de la izquierda surgió en el interior del capitalismo, en sus luchas por reformarlo, y cuando triunfó y quiso superarlo demostró que, efectivamente, “la razón crea monstruos”. El alma revolucionaria de la izquierda, se inserte en el movimiento comunista o en el antiglobalización, ha entrado en una crisis que parece terminal. Aunque de menor gravedad, tampoco se salva de la crisis la socialdemocracia, que ha perdido en la actualidad la capacidad de innovación política que tuvo durante décadas. La izquierda política está obligada a aceptar que el “fantasma que recorre el mundo” va a continuar siendo durante un buen tiempo el capitalismo, a abandonar los sueños ideológicos anticapitalistas y a volver a ponerse manos a la obra. Es decir, a actualizar la búsqueda de los mecanismos y las políticas destinadas a paliar los peores efectos del capitalismo y a alumbrar las alternativas igualitarias a cada problema social y económico planteado.

Se trata, en suma, de abandonar la adicción a la ideología para concentrarse en la política y asumir la realidad, que nos muestra la

Ni el imperialismo ni la globalización pueden explicar completamente todos los males que sufren los países pobres

32. Ugo Pipitone, *Reflexiones sobre un presente acelerado. Regiones económicas, subdesarrollo e izquierda*. Los Libros de la Catarata, Madrid, 2000, pág. 114.

escasa relación existente entre la sociedad sueca, la estadounidense o la japonesa, esto es, que la etiqueta del capitalismo cada vez nos indica menos sobre los problemas reales que deben abordarse. Porque para los excluidos de los Estados Unidos, un Estado del bienestar como el sueco o la cohesión social y la preocupación por el empleo que caracterizan a la sociedad japonesa, constituyen el más revolucionario de los sueños que puedan imaginarse en los próximos decenios.

La cultura de la diferencia

Las referencias a la homogeneización que provoca la globalización alcanzan sus máximas cotas en el terreno cultural. La obsesión por las diferencias culturales entre las distintas sociedades, que se inició en las universidades estadounidenses con la dedicación a los *cultural studies* y que se ha prolongado con la explosión nacionalista, caracteriza hoy a buena parte de la izquierda política, que ha abandonado el terreno de la igualdad para adentrarse en las procelosas y reaccionarias aguas de la diferencia.

Así se explica que en muchos terrenos esa izquierda se comporte de manera no muy diferente a la derecha más típica. La derecha tradicionalista siempre ha sido puritana, ha intentado prescribir códigos de conducta personal de obligado cumplimiento: las parejas deben casarse, las parejas de hecho son intolerables –más si son del mismo sexo–, determinadas prácticas sexuales deben permanecer prohibidas, durante años censuraron lo que podíamos leer en los libros o ver en el cine en aras del mantenimiento de las buenas costumbres. Hoy, sin embargo, es también la izquierda la que, con el objeto de mantener la diversidad cultural y la tradición, nos reconviene por nuestras conductas cotidianas. Se nos advierte contra el cine producido en EE. UU., se aboga por subvencionar los libros que nos conviene leer y el teatro que debemos ver. La paranoia llega al extremo de montar campañas contra los lugares en los que resulta inconveniente comer... hamburguesas, porque representan la cultura de la globalización. Se discute sobre lo que la gente elige para vestirse, porque nos iguala con no se sabe qué cultura. Incluso llegan a decirnos cómo tenemos que hablar: prescribiendo el vocabulario adecuado, el de la *corrección política*; o la lengua, que parece haber sustituido su función básica de instrumento para la comunicación por el de estandarte de la diferencia, hasta el punto de apoyar procesos de *normalización* lingüística destinados a obligar a la población al uso de una lengua que le es ajena, como les está sucediendo a la mitad de los habitantes de Cataluña y a la mayoría de los del País Vasco.

Y todo se justifica sobre la base de una incomprensible traslación del criterio de la diversidad biológica al terreno cultural, destinado a proteger la supuesta diversidad en peligro. Sin embargo, “las investigaciones sobre la evolución de los valores culturales han demostrado repetidas veces que hay poca evidencia de que con el tiempo se produzca una convergencia internacional. Las diferencias de valores descritas hace siglos aún perduran hoy, a pesar de los contactos estrechos y continuados entre las naciones. Esta diversidad cultural se mantendrá por unos cuantos siglos más. La diversidad cultural entre los países no sólo se mantiene: parece incluso que va en aumento. Muchos grupos étnicos llegan a una nueva conciencia de su identidad y reclaman el reconocimiento político de este hecho. Por supuesto, estas diferencias étnicas han existido siempre; lo que ha cambiado es la intensi-

dad del contacto entre los grupos, lo que ha confirmado la identidad de los miembros del grupo”³³.

Y es que la interacción entre las diferentes culturas y la extensión de los nuevos medios de comunicación juegan un papel menos unívoco del que algunos parecen pensar. Entre otras cosas, porque a la concentración empresarial de las grandes empresas mediáticas –que con tanta frecuencia se denuncia– hay que sumarle la auténtica explosión de los medios de comunicación de ámbito regional y local a la que estamos asistiendo. Es cierto que muchas gentes acaban asumiendo comportamientos o valores de otras procedencias, extendidos por los medios internacionales, que pudieran indicar una cierta homogeneización. Pero también lo es que hoy los medios son bastante más diversos de lo que parece, y contribuyen en muchos lugares a facilitar la reafirmación de identidades bien diferentes a la occidental. Esto ocurre también en Occidente, donde muchos individuos procedentes de otras culturas tienen acceso a unos medios –incluso audiovisuales, vía satélite– dedicados a su propia cultura y producidos en su lengua, que refuerzan sus vínculos culturales con sus lugares de origen.

Esta realidad choca frontalmente con la habitual pretensión del nacionalismo, de derechas o de izquierdas, de promover una identidad cultural en la sociedad que ponga coto al actual incremento de la diversidad. Se defiende la identidad en el terreno en el que viven los ciudadanos, en la sociedad, y las referencias a la diversidad se trasladan fuera de las fronteras. Pese al notable apoyo que reciben, los nacionalistas no están consiguiendo detener, afortunadamente, las consecuencias del proceso globalizador en este terreno. La diversidad cultural y el mestizaje se están convirtiendo en una característica creciente de muchas de las sociedades del planeta, y la disolución o el relajamiento de las viejas tradiciones y costumbres –de la identidad cultural– está provocando un notable incremento de la libertad y la autonomía de las personas a la hora de elegir sus estilos de vida.

7. El crecimiento desigual

Como ha venido ocurriendo a lo largo de la historia, este incremento de la libertad, la autonomía y el bienestar de una parte de la población mundial ha provocado que haya aumentado la distancia con respecto al resto. El crecimiento de la desigualdad entre las distintas sociedades del planeta se aceleró intensamente durante la segunda mitad del pasado siglo XX, y hoy las diferencias entre la riqueza de las naciones han alcanzado niveles impensables no hace

Achacar exclusiva o primordialmente al FMI la responsabilidad por la catástrofe de la economía argentina resulta, simplemente, estúpido

33. Geert Hofstede, *Culturas y organizaciones. El software mental*. Alianza Editorial, Madrid, 1999, pág 383.

34. David S. Landes, *La riqueza y la pobreza de las naciones*. Editorial Crítica, Barcelona, 1999, pág. 17.

mucho tiempo. “A grandes rasgos y de manera sintética, puede decirse que la relación entre la renta per cápita de la nación industrial más rica, Suiza, pongamos por caso, y la del país no industrializado más pobre, Mozambique, es de 400 a 1. Hace doscientos cincuenta años esta relación entre la nación más rica y la más pobre era quizás de 5 a 1, y la diferencia entre Europa y, por ejemplo, el este o el sur de Asia (China o India) giraba en torno a 1,5 o 2 a 1”³⁴.

Aunque esta situación obedece a factores múltiples, no puede ser ajena al hecho de que el proceso globalizador durante los últimos veinticinco años se ha producido en buena parte bajo el liderazgo ideológico neoliberal –que inspiró la apuesta por el libre mercado global plasmada en el Consenso de Washinton– y la dirección de las tres principales instituciones que gobiernan la globalización: el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y la Organización Mundial de Comercio. Estas instituciones abandonaron buena parte de sus objetivos fundacionales, y pasaron a comportarse como instituciones misioneras al servicio de las prédicas neoliberales de los gobiernos occidentales más conservadores, los de Thatcher y Reagan. En consecuencia, las tres instituciones han dirigido sus intervenciones en la economía internacional atendiendo más a las recetas doctrinales que a los problemas concretos del país al que se dirigían. Por ello no puede extrañar que las consecuencias de las políticas estipuladas por el Consenso de Washington hayan sido favorecer a los ricos frente a los pobres y que los intereses comerciales prevalecieran sobre la democracia, la justicia social y el medio ambiente.

Hoy puede decirse, sin temor a equivocarse, que esas políticas han fracasado generalizadamente en casi todos los países en los que se pusieron en práctica para impulsar el desarrollo económico, sobre todo si se entiende que un objetivo fundamental del desarrollo debería consistir en mejorar la situación de los más necesitados. Pero lo peor es que en muchos lugares han contribuido incluso a dificultar las posibilidades de crecimiento futuro al debilitar el tejido social que sustenta cualquier nación. El fracaso sin paliativos de estas instituciones se revela al comprobar que casi todos los éxitos económicos nacionales que se han producido en el Tercer Mundo se han obtenido siempre obviando o contrariando sus propuestas. Los éxitos limitados en África (Uganda, Etiopía o Botsuana) y los más importantes de Asia constituyen todos ellos ejemplos de cómo ha constituido premisa básica para salir de la miseria el orillar los consejos de las instituciones económicas internacionales.

Así que, visto lo visto, resulta obligado abogar por la transformación de los comportamientos y de los objetivos que guían estas instituciones. Podría hablarse incluso de la conveniencia de volver a los orígenes, porque conviene recordar que el FMI fue impulsado por Keynes con un propósito claramente contradictorio con el que hoy persigue. Se trataba de corregir los fallos del mercado, no de plegarse a él, presionando a las naciones para que centraran sus esfuerzos económicos en la consecución del pleno empleo y ayudarlas con préstamos para que pudieran combatir las crisis con un incremento del gasto público. Actualmente, la receta del FMI es siempre la contraria: políticas destinadas a contraer el gasto público y desregulaciones de la economía, que suelen contribuir decisivamente a

agravar las recesiones económicas y la situación de los sectores más desfavorecidos.

El recurso al imperialismo

Las políticas de esas instituciones internacionales han sido consideradas por buena parte de la izquierda política como la lógica continuación de la vieja dinámica imperialista de las naciones europeas, remozada tras la descolonización en mero neocolonialismo. El imperialismo ha constituido una base de las visiones ideológicas de esa izquierda durante todo el siglo XX, hasta el punto de que algunos han llegado a creer, contra toda evidencia, que el imperialismo fue una invención occidental. Y el saqueo de las economías sometidas por los imperialistas explicaría, en consecuencia, tanto el incremento de la riqueza europea como la pervivencia de la pobreza en el Tercer Mundo. Sin embargo, por mucho que a algunos les sorprenda, y pese a lo que creyeron también quienes impulsaron las políticas imperialistas en su época, “el coste de construir y mantener un imperio colonial se mostró notablemente superior a la más generosa contabilidad de sus beneficios”³⁵.

De hecho, la pérdida de los territorios coloniales no sólo no coincidió con una disminución del crecimiento económico de las metrópolis, sino que éste se vio claramente incrementado. Tampoco se cumplieron generalizadamente en las antiguas colonias las expectativas de libertad, crecimiento y prosperidad que anunciaba la descolonización. Las naciones que accedieron a la independencia han cosechado resultados muy dispares, pero ha sido en África donde el fracaso de aquellas expectativas ha sido más absoluto. Actualmente, veintidós de los veinticinco países más pobres del mundo están en ese continente, y el 54 por ciento de los africanos viven por debajo del umbral de la pobreza. Este fiasco ha puesto de relieve que los gobiernos de las autocracias africanas han sido invariablemente ineficaces, salvo en lo que se refiere a esquilmar las economías en beneficio propio.

Las disparidades producidas en el proceso descolonizador parecen no afectar a los prejuicios de la ideología. Así que quienes responsabilizaban al imperialismo de los males de las sociedades africanas continúan haciéndolo igualmente; simplemente han modificado el término y hoy hablan de neocolonialismo. Escuchándoles, parece que no hubiera ninguna responsabilidad importante en el interior de esas sociedades. Cómo se explica entonces, por ejemplo, que bajo soberanía belga, en 1960, el Congo dispusiera de 140.000 kilómetros de carretera practicable, y que veinticinco años después

La causa determinante del crecimiento de la desigualdad entre las naciones ha sido el despegue de los países occidentales, y este proceso tiene ya tres siglos

35. Paul Krugman, *El gran engaño*. Editorial Crítica, Barcelona, 2003, pág. 338.

36. Joseph E. Stiglitz, *El malestar en la globalización*. Taurus, Madrid, 2002, pág. 309.

37. Datos del Banco Mundial correspondientes al año 2002.

se hubieran reducido a 19.000, de los cuales sólo 2.200 estaban asfaltados; o que Nigeria tuviera un PIB per cápita superior a Indonesia en 1965 –por comparar dos países exportadores de petróleo y pobres–, y en el mismo período de tiempo se convirtiera en tan sólo un tercio del que disfrutaban los indonesios. Ni el imperialismo ni la globalización pueden explicar completamente todos los males que sufren los países pobres.

Responsabilidades compartidas

Esos males encuentran raíces más sólidas en el interior de cada una de las sociedades que en el imperialismo o la globalización. “La globalización ha ayudado a cientos de millones de personas a alcanzar mejores niveles de vida, más altos de lo que ellas mismas, o la mayoría de los economistas, consideraban imaginable hace apenas poco tiempo. La globalización de la economía ha beneficiado a los países que han aprovechado esta oportunidad abriendo nuevos mercados para sus exportaciones y dando la bienvenida a la inversión extranjera. Pero los países que más se han beneficiado han sido los que se hicieron cargo de su propio destino y reconocieron el papel que puede cumplir el Estado en el desarrollo, sin confiar en la noción de un mercado autorregulado que resuelve sus propios problemas. Los países en desarrollo necesitan Estados eficaces, con un poder judicial fuerte e independiente, responsabilidad democrática, apertura y transparencia, y quedar libres de la corrupción que ha asfixiado la eficacia del sector público y el crecimiento privado”³⁶.

No es la globalización la causa principal del fracaso de la mayoría de las naciones africanas. Como no lo es del éxito, por ejemplo, de Botsuana: cuando el país accedió a la independencia en 1966 era tan pobre como los más pobres del continente, su renta per cápita era de 100 dólares al año. Sin embargo, Botsuana se ha desarrollado con tanto éxito que su crecimiento medio durante más de treinta años ha superado el 7,5 por ciento. Ese éxito proviene de la habilidad de esa sociedad para alcanzar y mantener un contrato social que puso las bases del desarrollo, fraguado por la Administración del país con el asesoramiento de algunas instituciones públicas y privadas occidentales. Si excluimos a los países ricos, la renta media mundial es hoy de 1.160 dólares, la del África subsahariana de 450 y la de Botsuana de 3.290³⁷.

¿Es culpa de la globalización lo que han hecho algunos países árabes con los ingentes ingresos obtenidos por la venta de petróleo? ¿Ha sido el éxito del Este asiático provocado simplemente por la intensificación de la interrelación económica en el mundo? En 1960, las siete economías árabes más prósperas tenían una renta media de 1.521 dólares, es decir, superior a los 1.456 correspondientes a las siete naciones más pujantes del Este de Asia: Taiwan, Corea del Sur, Hong Kong, Singapur, Tailandia, Malasia e Indonesia. Treinta años después, los siete países árabes se habían quedado en 3.342 dólares frente a los 8.000 de los asiáticos. Tampoco entre estas últimas naciones ha transcurrido todo de la misma forma: en 1960 la riqueza per cápita de Indonesia y la de Corea del Sur era la misma; al concluir el siglo, la coreana era diez veces mayor.

La importancia de la distinta actuación de cada gobierno puede observarse también en la transición de los antiguos países comunistas. En este caso, resultados espectacularmente diferentes se han producido en períodos de tiempo aún más cortos: en 1990 el PIB chino

era el 60 por ciento del ruso; al terminar la década la situación se había invertido. El crecimiento de la economía china ha sido mayor que el de cualquier otro país durante los últimos veinte años; mientras que en Rusia los activos nacionales han sido expoliados por la antigua *nomenclatura* y la economía criminal ha alcanzado cotas absolutamente sorprendentes. Esas diferencias pueden apreciarse también entre los muy cercanos países de la Europa central: el Gobierno de la República Checa impulsó con rapidez una política neoliberal de privatizaciones –muy aplaudida por el FMI–, que provocó que al terminar el siglo el PIB fuera inferior al de 1989. Los gobiernos de Hungría y Polonia obtuvieron resultados notablemente mejores, con políticas tan distintas como enfrentadas a las directrices del FMI.

Las consecuencias de los malos gobiernos se comprueban con claridad en Latinoamérica. Un continente prácticamente estancado hoy, y que hace una o dos generaciones mostraba un nivel de desarrollo muy superior al del Este de Asia. Achacar exclusiva o primordialmente al FMI la responsabilidad por la catástrofe de la economía argentina resulta, simplemente, estúpido. La responsabilidad de que en sólo cuatro años, entre 1998 y 2002, la renta per cápita argentina descendiera de 8.000 dólares a 4.000 es fundamentalmente del Gobierno de aquel país. Hablamos de un país que al terminar la Segunda Guerra Mundial disfrutaba de una riqueza superior a la de Alemania o Francia. La explicación de lo ocurrido desde entonces se encuentra básicamente en el interior de la sociedad argentina. Y el mismo criterio debería aplicarse para entender el éxito de la vecina economía chilena en la pasada década, con un crecimiento medio anual de su PIB del 6 por ciento.

Uno de los motivos del estancamiento latinoamericano se encuentra en la rémora que supone para el desarrollo económico la increíble desigualdad existente en aquellas sociedades: “Veamos algunos datos acerca de la polarización social usando como indicador el coeficiente entre el ingreso recibido por el 20 por ciento superior y el 40 por ciento inferior de las familias. Si miramos a los países desarrollados de Europa el indicador mencionado varía entre 1,7 y 2,2 veces. Si miramos a Asia Oriental el indicador oscila entre el 1,7 (en Japón) y 3,7 en Tailandia. Pero cuando llegamos a América Latina el abanico va de 4,3 veces en México a 9,6 veces en Brasil. En la historia económica mundial en las últimas tres décadas no existen casos de crecimiento sostenido en el tiempo en condiciones de polarización del ingreso tan agudas como las que caracterizan la

La insolidaridad de los triunfadores se extiende por amplias capas de las poblaciones de los países privilegiados

38. Ugo Pipitone, *Reflexiones sobre un presente acelerado. Regiones económicas, subdesarrollo e izquierda*. Los Libros de la Catarata, Madrid, 2000, pág. 130.

39. Joseph E. Stiglitz, *El malestar en la globalización*. Taurus, Madrid, 2002, pág. 275.

40. Xavier Sala i Martín, *Economía liberal para no economistas y no liberales*. Editorial Plaza y Janés, Barcelona, 2002.

realidad latinoamericana. El crecimiento acelerado de Asia Oriental se dio con mejoras sustanciales y progresivas en la distribución de los ingresos”³⁸.

La historia y la experiencia reciente nos muestran, efectivamente, la importancia del contexto económico internacional en el desarrollo de un país; pero sobre todo nos indican que “cualquiera que sea el estadio de desarrollo político y económico de un país, los gobiernos marcan la diferencia”³⁹.

Desigualdad y pobreza

En demasiadas ocasiones las referencias al crecimiento de las desigualdades se confunden con las que aluden al incremento de la pobreza. Pero una cosa es la desigualdad y otra, la pobreza; no son conceptos idénticos. Que las desigualdades en el mundo son hoy mayores que en cualquier otro momento de nuestra historia resulta obvio. Sin embargo, y pese a la división de opiniones en este asunto, no creemos que la pobreza haya crecido en las últimas décadas en el mundo en términos absolutos. Ahora bien, antes de argumentar la afirmación, resulta obligado resaltar que la pobreza no es sólo un valor absoluto, sino también relativo. Es decir, que la pobreza se percibe por quienes la sufren en relación con la riqueza que tienen enfrente. Por lo tanto, la comparación con la situación de los vecinos constituye un componente fundamental de cómo perciben sus carencias y cómo construyen sus expectativas de vida los desposeídos, que no pueden desligarse de las imágenes de la opulencia de los más ricos que transmiten hoy en día por todo el planeta los medios de comunicación.

Uno de los estudiosos que con mayor detalle ha analizado el fenómeno de la pobreza, medida en términos absolutos, ha sido el catedrático de las universidades de Harvard y Pompeu Fabra, Xavier Sala i Martín. Y sus análisis han sido descartados con notable ligereza –y, en realidad, sin refutación– por sectores de la izquierda política debido a su reconocida filiación neoliberal. Xavier Sala sostiene: “Después de aumentar entre 1960 y 1978, las desigualdades personales de renta comienzan a disminuir. ¿Cómo puede ser que las desigualdades entre personas se hayan reducido a partir de 1978 si las diferencias entre países siguieron aumentando hasta 1998? La explicación es muy simple: en 1978, el país más poblado del planeta, China, empezó un proceso de liberalización y de apertura al exterior que conllevó un progreso económico importantísimo para cientos de millones de personas. Eso hizo que las desigualdades económicas entre esos cientos de millones de personas y los ciudadanos de los países más ricos se redujeran progresivamente. Ese proceso de convergencia de las rentas personales en el mundo se vio acentuado cuando 10 años más tarde, el segundo país más poblado del planeta, la India, también se liberalizó y asimismo empezó a crecer. Eso benefició a otros 1.000 millones de personas. En cuestión de una década, casi una tercera parte de la humanidad había empezado un proceso de acercamiento a los niveles de riqueza y de bienestar de los países ricos, un proceso de erradicación de pobreza como no se había visto antes en la historia”⁴⁰.

El lenguaje neoliberal no invalida ningún argumento, y menos la obvia realidad de que los avances de las economías china e india, de un tercio de la población mundial, han tenido una incidencia claramente positiva sobre la pobreza en el mundo. Puede ponerse en cues-

ción el criterio que suele utilizarse –y que Sala utiliza– para medir la pobreza (el de uno o dos dólares diarios según el grado de pobreza sea más extremo), pero los datos no dejan de ser significativos. Según Sala, la gente que vive en el mundo con sólo un dólar al día ha pasado de ser el 20 por ciento de la población al 5 por ciento, y los que viven con dos dólares, del 44 por ciento al 18 por ciento. Estas cifras no coinciden con las de otras fuentes, pero resulta claro que, pese al fuerte aumento de la población, la pobreza ha disminuido en el mundo, en términos absolutos, aunque haya continuado creciendo la desigualdad.

El despegue de los ricos

Creemos que la causa determinante del crecimiento desmesurado de las desigualdades entre las naciones del mundo ha sido el despegue de los países occidentales, y éste es un proceso histórico que tiene ya tres siglos. Dicho de otro modo, la desigualdad comienza a hacerse llamativa a raíz de la Revolución Industrial. Ése es el momento en que entre los países ricos de Occidente y el resto del mundo se abre una brecha que no ha hecho más que agrandarse. En general, el resto de las sociedades del planeta no se empobrecieron, sino que unos pocos países se enriquecieron y se distanciaron del resto. El fenómeno ha continuado incrementándose hasta nuestros días, en los que la denominada tercera revolución tecnológica permite que crezcan aún más esas diferencias. Si bien es cierto que, afortunadamente, han ido surgiendo otros países que, a diferentes ritmos, han logrado unirse al tren del desarrollo, con especial éxito, como viene diciéndose, lo han hecho en las últimas décadas y continúan haciéndolo hoy muchas de las naciones de Asia.

Criterio parecido debe formar parte de la explicación del crecimiento de las desigualdades en el interior de las sociedades más opulentas. Ha sido el descarado enriquecimiento de las capas más ricas, que posibilitó el cambio político que supuso la revolución conservadora, lo que explica fundamentalmente ese incremento de las desigualdades; y no tanto el aumento de la pobreza absoluta de los más necesitados. Aunque resulta obligado, de nuevo, insistir en el componente relativo tanto de la riqueza como de la pobreza. Y en la obscenidad que supone un reparto tan desigual de la riqueza producida, especialmente en sociedades que, bien puede decirse, nadan en la abundancia.

La insolidaridad de los triunfadores

Que haya sido el despegue de los ricos el motivo más importante del incremento de las desigualdades no quiere decir que quienes

Se le pide al Estado que nos socorra ante cualquier problema y a la vez se le recrimina su excesiva intromisión en las vidas de los ciudadanos

41. Los datos son los últimos disponibles de la OCDE, y corresponden al gasto del año 2002.

más tienen no estén obligados a socorrer a aquellos que carecen de casi todo. Por tres razones: la primera, porque ese argumento no invalida la importancia de acabar con algunos comportamientos de los países ricos en el ámbito internacional que contribuyen a dificultar la salida de la pobreza a naciones del Tercer Mundo. La segunda, por interés. Resulta imposible pensar que las sociedades ricas puedan permanecer al margen de los problemas que se derivan de esta excesiva desigualdad en la que vivimos, que alimenta en una parte significativa la crisis ambiental, el terrorismo internacional o ciertos conflictos bélicos. La desigualdad contribuye a hacer el mundo mucho más inseguro; y es en ese mundo en el que habitamos también los ricos. Y por último, porque cualquier noción defendible de la ética o la moral debería obligarnos a ser solidarios con las sociedades pobres del planeta, especialmente en la actualidad, cuando los medios de comunicación han hecho tan visibles sus carencias que nadie puede argumentar desconocimiento sobre el drama que están viviendo tantos millones de personas.

Los países desarrollados deben colaborar, inexcusablemente, a atender las necesidades básicas de las sociedades pobres del planeta. Hace ya más de treinta años que la ONU estableció la política de la Ayuda Oficial al Desarrollo, y tasó en el 0,7% el porcentaje de la riqueza nacional que los Estados ricos deberían dedicar a esa ayuda. ¿Qué ha sucedido en este terreno? Los países más poderosos de la Tierra, que se reúnen periódicamente bajo la etiqueta de G-7, dedican una media del 0,2 por ciento de su PIB a la cooperación al desarrollo, esto es, menos de un tercio de lo que se propugnaba hace ya tres décadas. De todos los países ricos, sólo cinco superan el 0,7% propuesto: Dinamarca, Noruega, Suecia, Holanda y Luxemburgo. Pero es que del resto de esas naciones, únicamente tres (Bélgica, Irlanda y Francia) sobrepasan muy ligeramente la mitad de ese porcentaje; las demás dedican cifras vergonzosas a esta ayuda, como España, que ha disminuido sus aportaciones en los últimos tiempos hasta el 0,26 por ciento. Y el país que menos parte de su riqueza consagra al desarrollo es la principal potencia mundial, Estados Unidos, con el 0,13 por ciento de su PIB⁴¹.

Ahora bien, la ayuda al desarrollo no es la única medida que debe afrontarse en este terreno. En los últimos años la atención se ha concentrado de vez en cuando en la necesidad de condonar la deuda externa de las naciones más desafortunadas, porque sin esa condonación muchos países no podrán entrar en la senda del crecimiento económico, puesto que la deuda está absorbiendo buena parte de los recursos que tendrían que dedicar a ese propósito. La polémica sobre la condonación de la deuda de los países pobres apenas ha contribuido a la solución de un problema que continúa siendo grave. Los países ricos han condonado muy poca deuda, y en la mayoría de las ocasiones obedeciendo más a las alianzas políticas que a las auténticas necesidades de los países pobres. Y la deuda continúa impidiendo o dificultando las posibilidades de desarrollo económico de muchos países del Tercer Mundo.

No son pocos los que culpan exclusivamente a los gobiernos y al gran capital de esta insoledad, mientras que el común de los integrantes de las sociedades ricas parecería inocente, como si desconociera lo que está ocurriendo. Es cierto que la explosión de las ONG

y la participación en acciones y trabajos solidarios con el Tercer Mundo es hoy mayor que nunca en los países ricos; sin embargo, continúa siendo una minoría de esas sociedades quienes participan en esas actividades, mientras que la insolidaridad de los triunfadores se extiende por amplias capas de las poblaciones de los países privilegiados. ¿Es posible incrementar la ayuda al desarrollo o condonar la deuda externa de los países pobres cuando los ciudadanos de Occidente se dedican a situar en sus gobiernos a aquellos que propugnan la disminución de sus obligaciones públicas, de los impuestos que pagan?

Esta insolidaridad, mucho más generalizada de lo que se piensa, se revela con claridad cuando se afronta la cuestión de la deslocalización de muchas empresas situadas en Occidente o de la “fuga” de capitales hacia países más necesitados. “La intuición ética es que, a largo plazo, la huida de capitales, cuando ocurre, es tremendamente progresiva. Su consecuencia es la elevación de los ingresos de trabajadores que son mucho más pobres que los trabajadores de los países desarrollados. Como igualitaristas, debemos valorar esto como algo positivo. Esto me lleva a lo que creo que ha sido moralmente equivalente al talón de Aquiles en la posición de amplios sectores de izquierda europea y estadounidense: su chauvinismo nacionalista. Como dijera, la desigualdad de ingresos promedio entre las naciones es mucho más grave en sus efectos sobre la auto-realización humana que la desigualdad entre el ingreso promedio y el ingreso más alto en un país avanzado”⁴². En la propia Europa estamos asistiendo actualmente a una manifestación bien reveladora de esta insolidaridad. La ampliación de la Unión Europea está provocando la deslocalización de muchas empresas hacia el Este del continente. Las protestas en los países más ricos ante el hecho de que parte de su riqueza se dirija a los más pobres son tan compartidas que Izquierda Unida proponía en la campaña electoral de las últimas elecciones europeas “una normativa europea que impida a las empresas trasladarse libremente entre países”⁴³.

Lo mismo está ocurriendo cuando se discute el destino de los fondos que reserva la Unión Europea para la cohesión territorial: ante la llegada de los pobres del Este, los países más ricos proponen una disminución de sus aportaciones al presupuesto europeo; y aquellos que más se han beneficiado de esos fondos pelean denodadamente para conservarlos. El principal beneficiario ha sido España, que hoy alcanza ya el 95 por ciento de la riqueza media europea tras la ampliación de la Unión, y trata de mantener buena parte de esas

*Los Estados
continúan
siendo los
agentes
dominantes en
la economía
mundial*

42. John E. Roemer, “Estrategias igualitarias”, en *Razones para el socialismo*. Ediciones Paidós, Barcelona, 2001, pág. 104.

43. *El País*, 31 de mayo de 2004.

44. Jesús María Ridaio, *La elección de la barbarie. Liberalismo frente a ciudadanía en la sociedad contemporánea*. Tusquets Editores, Barcelona, 2002, pág. 119.

aportaciones, es decir, de disputárselas a los nuevos países miembros, cuya riqueza ronda el 40 por ciento de la de los antiguos miembros. Destaca en este aspecto, el victimismo canario, una sociedad que, como ya dijimos, recibe más de 12 millones de visitantes cada año, y que se empeña en considerarse ultraperiférica y necesitada de todo tipo de subvenciones, las que llegan por la RUP, la RIC, la ZEC, el REA... Ridículo si no fuera tan interesado; nadie parece dispuesto a renunciar a la lluvia de millones que nos ha llegado de Europa, por mucho que resulte obvia la existencia de sociedades claramente más necesitadas que la nuestra.

Un aspecto donde brilla con luz propia la hipocresía, y básico para las posibilidades de desarrollo de los países pobres, es el comercio internacional. Los ricos tratan de obligar a los pobres a que abran sus fronteras a sus productos (y suelen conseguirlo), mientras que mantienen las trabas a las importaciones de los países en vías de desarrollo (piénsese, por ejemplo, en cómo se intenta desde Canarias frenar la entrada del tomate marroquí en Europa). Es cierto que la apertura del comercio internacional debe constituir un objetivo urgente. Pero en una dirección y con unas excepciones bien distintas a las que promueven las sociedades opulentas desde la Organización Mundial de Comercio. Lo importante es abrir las fronteras de Occidente a los productos de los países más necesitados; y las excepciones temporales deben estar destinadas a salvaguardar los sistemas económicos más débiles. Porque conviene recordarles a los dos países que hoy se erigen en los adalides del libre comercio, EE. UU. y Gran Bretaña, que sus economías fueron enormemente proteccionistas durante sus propias fases de crecimiento. Y que los éxitos de todos los países emergentes en las últimas décadas han requerido de la protección de sus economías.

8. El espacio del Estado

Una de las ideas más repetidas en el terreno que nos ocupa es que la globalización está minando los Estados nacionales. Según esta generalizada opinión, la internacionalización de la actividad económica estaría socavando los pilares que sostienen al Estado-nación. Volvemos al terreno de la ideología, y especialmente a la de quienes consideran que es la economía la que determina la forma de la sociedad. Estaríamos, pues, asistiendo a la desaparición del Estado que anunciaba el marxismo, pero provocada, paradójicamente, por el éxito de los neoliberales en la imposición de su utopía del libre mercado a través de la globalización. Pero, teniendo en cuenta la inexistencia de otro sistema de organización que asuma los fines actuales del Estado, “¿a través de qué extraño salto cualitativo, de qué portentosa alquimia, se espera que una sociedad internacional fragmentada en centenares de pequeños Estados-nación se convierta en la pronosticada sociedad-red, donde éstos habrían desaparecido?”⁴⁴

El orden internacional en el que nos desenvolvemos no parece anunciar la desaparición o la disolución del Estado-nación. Desde el siglo XVIII la expansión del Estado ha sido una característica de la sociedad mundial. Tras el final de los imperios europeos, el proceso de descolonización y la caída de la Unión Soviética, el moderno sistema internacional de Estados ha alcanzado su máxima expresión a finales del siglo XX. Durante la segunda mitad de ese siglo se unieron a la sociedad de Estados multitud de comunidades políticas

independientes; de hecho, en ese período se ha doblado con creces el número de Estados independientes, hasta superar en la actualidad la cifra de ciento noventa.

En el terreno de las relaciones internacionales, los Estados continúan siendo los grandes protagonistas. Es cierto que la actual política global debe afrontar una amplia gama de cuestiones que no pueden ser contenidas en las fronteras nacionales: la contaminación que provoca el cambio climático, la internacionalización de la economía criminal, la defensa de los derechos humanos o el terrorismo no respetan esas fronteras y para abordarlas es necesaria la cooperación internacional. Ha surgido una incipiente legalidad internacional que obliga a los Estados; pero el sistema internacional lo han construido los Estados, y se basa exclusivamente en la legitimidad que sólo ellos pueden proporcionarle, puesto que son los únicos instrumentos actuales de mediación política entre el sistema internacional y los ciudadanos. Si bien algunas de sus funciones se han visto constreñidas, lo cierto es que su poder se ha reforzado al extenderse fuera de sus fronteras y poder actuar en la definición de un sistema de convivencia internacional que es propiamente interestatal.

La costumbre de convertir los puntos de vista europeos en leyes universales avala la extendida creencia de que los Estados están sometidos a una doble tensión que va constreñendo sus posibilidades de actuación: el afianzamiento de instituciones políticas supranacionales limitaría sus competencias por arriba mientras la descentralización administrativa lo haría por abajo. Desde esta perspectiva, hay quien anuncia su desaparición y profetiza la futura Europa de las regiones. Lo primero que debe resaltarse es que el único proceso de unidad política supraestatal que se está produciendo en el mundo es el europeo, es decir, que ésta no es una característica global desde el punto de vista político, como no lo es tampoco la política de descentralización administrativa que se ha impuesto en unos cuantos países. Después, que la Europa de las regiones es el sueño de los nacionalistas sin Estado, pero que es la Europa de los Estados la que se ha impuesto y la que tiene todos los visos de continuar haciéndolo. Y que esa Europa difumina algunos de los contornos del Estado a la par que les proporciona nuevas vías de actuación y nuevos terrenos en los que intervenir. Por último, es necesario recordar que los procesos de descentralización transforman el Estado pero no acaban con él, entre otras cosas porque el confuso vocabulario imperante en la política española lleva con

En las próximas décadas el continente con mayor peso en la economía mundial será Asia

demasiada frecuencia a olvidar que las Comunidades Autónomas son Estado. Ni la descentralización administrativa acaba con el Estado-nación, ni es una novedad: los Estados descentralizados, como EE. UU. o Suiza, tienen una tradición centenaria, y a nadie se le ocurría hace tiempo que constituyeran el anunciado final de su existencia como Estados-nación.

Si nos centramos en la política nacional, tendremos que convenir en que, pese a la influencia de la legalidad internacional y a la existencia de organismos supraestatales como la Unión Europea, los ámbitos de actuación estatales no han hecho más que incrementarse. Durante la segunda mitad del siglo XX, los Estados añadieron a su capacidad política de legislar la de regular el ámbito económico como nunca hasta entonces. La consolidación del Estado del bienestar amplió su capacidad de intervención en la esfera social de una manera completamente nueva y determinó la política de redistribución de la riqueza en cada sociedad. A los Estados más desarrollados se les responsabiliza hoy, además de velar por las tradicionales funciones de orden y seguridad, de la cohesión y la integración social, del mantenimiento de una esfera pública rica y plural que sea capaz incluso de cuestionarles, y en general de la prosperidad y modernización del país. Esa capacidad de intervención de los Estados en cada vez más aspectos de la vida social ha crecido de tal forma que, en no pocas ocasiones, está siendo hoy contestada desde algunos segmentos de la sociedad civil –y no exclusivamente desde aquellos que podrían calificarse de liberales–. Vivimos en un momento histórico en el que, bien contradictoriamente, se le pide al Estado que nos socorra ante cualquier problema y, a la vez, se le recrimina su excesiva intromisión en las vidas de los ciudadanos. Pero esa contradicción no desvela más que la gran importancia de los Estados en las sociedades actuales, que constituyen el único ámbito legítimo en la actualidad sobre el que se asienta la democracia. Y referirse a una deseable democracia cosmopolita en un futuro previsible, es referirse a las posibles formas en las que se perfeccionarán y profundizarán las conexiones internacionales entre los Estados.

El disolvente multinacional

Retornemos al terreno más puramente económico, que es donde la mayoría cree encontrar el disolvente que está corroyendo al Estado-nación: el intento de los grandes conglomerados económicos transnacionales de socavar el poder de los Estados en su propio beneficio. Parece casi una moda considerar que las empresas multinacionales constituyen una especie de gobierno invisible que reemplaza al Estado-nación en muchas de sus funciones o le imponen las grandes opciones económicas. Sin embargo, quienes dirigen esas empresas son conscientes de que la realidad es significativamente diferente, de que los Estados continúan siendo los agentes dominantes en la economía mundial con los que conviene llevarse bien, pues sus políticas no son tan fáciles de burlar.

De hecho, la influencia gubernamental no ha disminuido en ninguna sociedad desarrollada, ni siquiera en aquellas en las que triunfó la idea del “gobierno mínimo” que ha caracterizado la política neoliberal de las últimas décadas. El sector público, y el empleo que proporciona, aumentaron durante los gobiernos de Thatcher, Reagan y Bush padre, y lo habrá hecho de nuevo, probablemente, al concluir el del hijo. Y es que “el ideal de gobier-

no mínimo que inspira el Consenso de Washington es, en el mejor de los casos, un anacronismo. Pertenece a una era en la que las principales amenazas a la libertad y a la prosperidad eran los Estados totalitarios. En la actualidad, el bienestar humano y social peligran, principalmente, por el colapso o el debilitamiento de los Estados. La reforma empieza por la rehabilitación del Estado moderno. La amenaza a la paz y al progreso económico no proviene de tiranías o de Estados expansionistas sino de la ausencia de cualquier tipo de gobierno eficaz”⁴⁵.

La globalización no ha supuesto una disminución del poder de los Estados, aunque sí transforma las condiciones bajo las cuales se ejerce ese poder. Y es cierto que alguna de esas condiciones lo limita, entre las que destaca la libertad y la volatilidad con la que se mueven y agrupan los capitales financieros internacionales, que pueden, efectivamente, comprometer la viabilidad de algunas políticas económicas de los gobiernos. Ahora bien, de ahí a pensar, como algunos defienden, que esta realidad obligue a los gobiernos a asumir políticas neoliberales va un trecho. No es cierto, como no lo es que sean esas políticas las únicas que garantizan el éxito en el mercado global. Suele ponerse de ejemplo la economía estadounidense para sustentar ese criterio. Sin embargo, bien podríamos acudir a otro ejemplo contrapuesto: en la última década, las listas sobre productividad e innovación tecnológica suelen encabezarlas otra nación: “Finlandia muestra que el Estado del bienestar plenamente desarrollado no es incompatible con la innovación tecnológica, con el desarrollo de la sociedad informacional y con una economía dinámica y competitiva”⁴⁶.

El caso finlandés es el más señalado, pero ocurre lo mismo en todas las economías de los países nórdicos, que son, además, de las más globalizadas del planeta⁴⁷. Esto es, en las que el comercio internacional ocupa un lugar preponderante. Se demuestra así que la opción por la desregulación de la economía, el adelgazamiento del Estado del bienestar y la disminución de los impuestos no provienen de la necesidad de competir en la economía global, sino de una opción claramente ideológica. Porque es cierto que “este Estado del bienestar no es sostenible sin una elevada presión fiscal. Pero la fiscalidad no es un problema económico en tanto que la productividad y la competitividad crezcan más deprisa que los impuestos, y en tanto que la gente perciba los beneficios que recibe en forma de servicios sociales y calidad de vida”⁴⁸.

En estos países, los Estados han utilizado los incentivos y la plani-

La supremacía de EE. UU. lleva tiempo menguando

45. John Gray, *Falso amanecer. Los engaños del capitalismo global*. Ediciones Paidós, Barcelona, 2000, pág. 255.

46. Manuel Castells y Pekka Himanen, *El Estado del bienestar y la sociedad de la información. El modelo finlandés*. Alianza Editorial, Madrid, 2002, pág. 183.

47. La clasificación de la competitividad de las naciones la encabeza Finlandia, seguida de EE. UU., Suecia y Dinamarca. *Global Competitiveness Report 2003-2004*. Oxford University Press, 2004.

48. Manuel Castells y Pekka Himanen, *El Estado del bienestar y la sociedad de la información. El modelo finlandés*. Alianza Editorial, Madrid, 2002, pág. 183.

49. David Held y Anthony McGrew, *Globalización/Antiglobalización. Sobre la reconstrucción del orden mundial*. Ediciones Paidós, Barcelona, 2003, pág. 60.

50. Fernando Vallespin, *El futuro de la política*. Taurus, Madrid, 2003, pág. 43.

ficación estratégica para complementar los mecanismos del mercado, en lugar de plegarse a las demandas de los sectores más privilegiados de ese mercado en defensa de sus particulares intereses. La diferencia continúa estando en la actuación de los gobiernos, que aunque haya estado matizada por el nuevo escenario global no se ha visto determinada por él. Y lo mismo puede decirse de todos las economías exitosas durante las últimas décadas, en las que la actuación de los gobiernos ha sido la que ha marcado la diferencia. “No hay pues razón para suponer que las condiciones contemporáneas plantean una amenaza real a la soberanía o a la autonomía nacional. Puede decirse que la interdependencia económica, lejos de erosionar necesariamente la autonomía o la soberanía nacional, ha potenciado las capacidades de muchos Estados. Como pone de manifiesto la experiencia de los ‘tigres’ del Este asiático, los mercados globales son perfectamente compatibles con Estados fuertes”⁴⁹. De hecho, bien puede decirse que, lejos de aceptar los augurios sobre la desaparición del Estado-nación, el principal desafío político de los países subdesarrollados continúa siendo construir poderes estatales fuertes que abran el camino que permita abandonar la pobreza.

9. La regionalización de la sociedad mundial

Aunque el proceso de unidad política que se está produciendo en Europa no sea, como decíamos, extrapolable a otras zonas del planeta, lo cierto es que los Estados se adaptan al nuevo estadio de la globalización agrupándose regionalmente. En este sentido, hay quien opina que “hay una cierta ironía en hablar de mundialización de la economía y las finanzas, cuando aquí el ‘mundo’ se reduce casi exclusivamente a tres zonas geográficas: América del Norte, Europa y Asia oriental. Dentro de estos tres bloques económicos se concentra más del 70 por ciento del comercio mundial, de forma que el 84 por ciento del mismo tiene lugar entre países que acogen tan sólo el 24 por ciento de la población mundial”⁵⁰. Es cierto, no obstante, que se están creando una multiplicidad de redes económicas transnacionales que nos impiden concluir que estamos sin más ante una mera regionalización de la economía mundial. Y que los procesos de regionalización e internacionalización no son contradictorios, sino manifestaciones del mismo proceso de interconexión entre las sociedades humanas que se han alimentado mutuamente. El avance de la globalización ha constituido un acicate para que algunos Estados se agrupen dando lugar a regiones económicas plurinacionales. Todo parece indicar que estamos asistiendo a la formación de tres grandes polos económico-políticos que van a dominar la historia mundial en los próximos tiempos: la Unión Europea, Asia Oriental y América del Norte.

En Europa se encuentra el polo más antiguo y más avanzado en su proceso de integración. Porque en este caso no se trata exclusivamente de una integración económica. En la Unión Europea existe una evidente voluntad de formación de un nuevo sujeto político con una proyección mundial. La construcción de la unidad política está teniendo lugar a una velocidad que nos resulta francamente escasa cuando la examinamos día a día, e increíblemente rápida cuando lo hacemos con perspectiva histórica, pero es seguro que colaborará a consolidar la posición de los europeos en el concierto mundial. Este proceso de unidad ha contado en muchos momentos con la oposición de la izquierda más radical. Y esa ope-

sición delata una vez más la ceguera política que en tantas ocasiones la caracteriza. Europa no es ninguna panacea, pero resulta hoy por hoy el contrapeso más real que puede instrumentarse al unilateralismo estadounidense y a los delirios imperiales de sus actuales dirigentes. De la misma forma que la defensa del modelo social europeo –pese a sus carencias y a las notables diferencias entre los países del continente– se erige como la alternativa más clara en Occidente a las propuestas neoliberales de un capitalismo sin rostro humano. La convergencia europea ha comportado –como bien sabemos los españoles– una disminución de la desigualdad entre los diferentes países. Este aspecto es el que lleva a John Roemer a sostener que “la oposición a la integración es éticamente defendible sólo desde un punto de vista chauvinista, que valora las vidas de los compatriotas más que la vida de los seres humanos. La filosofía comunitarista ha intentado justificar esta clase de chauvinismo. Sin duda, la izquierda debiera rechazar esa visión de las cosas”⁵¹. En los países más atrasados social y ecológicamente, como el nuestro, la Unión está cumpliendo un papel claramente positivo. La izquierda política, radical o moderada, debe contribuir a impulsar el proceso de convergencia, y tratar de encaminarlo hacia el cauce que recoge sus planteamientos y sus objetivos, que bien podría resumirse, de nuevo, en la justicia social y la solidaridad con las sociedades más débiles.

Asia oriental se ha convertido en la región económica de más éxito en las últimas décadas. Japón fue la primera potencia económica no occidental. Después asistimos al fuerte crecimiento económico de los denominados dragones asiáticos: Taiwan, Corea del Sur, Malasia, Singapur... En las dos últimas décadas, el país que más ha crecido en la economía mundial ha sido China. Y en la última, la economía de la India se ha incorporado al crecimiento económico en este continente. El éxito asiático está siendo de tal calibre que los analistas de Goldman Sachs aventuran que el tamaño de la economía norteamericana podría ser alcanzado por la china en el año 2025, y por la hindú en el 2050⁵². Ciertamente que la prospectiva en economía nunca se caracteriza por el exceso de aciertos, pero resulta bastante sencillo pronosticar que en las próximas décadas el continente con mayor peso en la economía mundial será Asia. Si a la economía le añadimos la demografía, bien podríamos coincidir con John Gray en que “hemos entrado en la era del ocaso de Occidente. No es una era en la que todos los países asiáticos vayan a prosperar y todos los países occidentales vayan a sufrir un declive. Es un período en el que la identificación de ‘Occidente’ con la moderni-

Destruir el condicionante que liga ciudadanía, nacionalidad y derechos, que hace de la ciudadanía un privilegio que legitima la exclusión de quien no es nacional

51. John E. Roemer, “Estrategias igualitarias”, en *Razones para el socialismo*, Ediciones Paidós, Barcelona, 2001, pág. 105.

52. Paul Kennedy, “Cuidado con los BRIC”, *El País*, 26 de noviembre de 2003.

53. John Gray, *Falso amanecer. Los engaños del capitalismo global*. Ediciones Paidós, Barcelona, 2000, pág. 246.

dad está terminando. Puede que la propia idea de ‘Occidente’ ya se haya vuelto arcaica: las viejas polarizaciones de ‘Oriente’ y ‘Occidente’ ya no captan la diversidad de culturas y de regímenes del mundo actual. Una ‘Asia’ monolítica es, en buena medida, algo tan quimérico como la ‘civilización occidental’. El crecimiento inexorable de un mercado mundial no da lugar a una civilización universal, sino que hace de la interpenetración de las culturas una condición global irreversible”⁵³.

La unidad política en Europa y la interconexión y la importancia de las economías del Este de Asia pueden anunciar a medio plazo tanto el final de la obsesión por el libre mercado, en los términos en que hoy se manifiesta, como la progresiva desaparición de la hegemonía de su principal impulsor: Estados Unidos. En realidad, la supremacía de EE. UU. lleva tiempo menguando. La hegemonía se mide sobre todo en términos económicos, y la estadounidense alcanzó su máximo esplendor a mediados del pasado siglo. Consideremos las siete principales economías del planeta: Estados Unidos, Japón, Alemania, Francia, Italia, Inglaterra y Canadá. Pues bien, en 1950, la economía de EE. UU. era un 22 por ciento superior a la suma de las otras seis; al comenzar el nuevo siglo su importancia relativa ha descendido tanto que esas seis economías suponen el 250 por ciento con relación a la estadounidense. Nadie sostiene que la economía norteamericana esté hundiéndose, ni que no vaya a continuar creciendo. Pero lo que resulta obvio es que, en relación con el resto del mundo, la fuerza económica de Estados Unidos es mucho menor a comienzos del siglo XXI que a mediados del siglo pasado, y que su importancia relativa va a continuar disminuyendo. Así parecen creerlo también la gran mayoría de los 500 altos ejecutivos de todo el mundo, a quienes la revista *The Economist* preguntaba el pasado mes de junio cuál era la zona que tenía más posibilidades de atraer inversión extranjera directa en los próximos años: las respuestas situaban a China en el primer lugar con el 23 por ciento, seguida de la India (19,4%), la zona euro de la Unión Europea (17%), Estados Unidos (13%) y los nuevos socios de la UE (12,8%). Parece que, por primera vez en la historia, el declive de la hegemonía estadounidense no anuncia su sustitución por otra potencia nacional, sino la tendencia a la organización del mundo en bloques regionales. Y ni siquiera como bloque regional, podrá Norteamérica mantener esa hegemonía frente a la Europa unida y a la emergente Asia Oriental dentro de unas pocas décadas.

10. La política global

La preeminencia de los Estados nacionales y su mayor integración regional no disminuyen la importancia de lo que hoy se denomina la *gobernanza* global, que se ha desarrollado a la par que el proceso globalizador durante la segunda mitad del siglo XX, y que es bastante más plural de lo que algunos están dispuestos a reconocer. Aunque esté lejos de ser un gobierno mundial, este complejo de gobernanza global es mucho más que un mero sistema de cooperación intergubernamental limitada: las Naciones Unidas, el FMI, el BM, la OMC, la Corte Penal Internacional y toda una serie de legislación internacional constituyen, pese a sus obvias y muy remarcadas limitaciones, un incipiente sistema de legalidad internacional novedoso en la historia de las relaciones entre las naciones. Y algunos de sus aspectos más positivos y de las preocupaciones actuales fueron incluidas en la agen-

da política internacional tras la Segunda Guerra Mundial por los EE. UU., pero también gracias a las luchas de la izquierda: primero, contra el fascismo; después, por la democracia social; y la más reciente, contra la globalización neoliberal. Porque se olvida a menudo la considerable importancia de la actual sociedad civil transnacional en un entorno en que los medios de comunicación marcan muchos aspectos de esa agenda y contribuyen a modelar la opinión pública internacional.

Se trata, por lo tanto, de propugnar la reforma y la democratización de las instituciones que dirigen hoy la gobernanza global y plantear la creación de los nuevos instrumentos que se requieran para realizarla. Y en el terreno económico esa democratización pasa por la de las instituciones económicas internacionales que dirigen la globalización: FMI, BM y OMC, que deben dejar de ser *propiedad* exclusiva de los países ricos para que sus preocupaciones se dirijan a donde deben dirigirse: a resolver los problemas de los más necesitados. Quizá el primer paso en esta dirección acabe siendo la exigencia de las grandes potencias emergentes –Brasil, China e India– por ampliar su peso en estas instituciones. Porque si no empiezan a reflejar otras posturas fuera de las de los países más ricos, estas instituciones internacionales terminarán por perder la poca autoridad que les queda para acabar volviéndose irrelevantes. Y tampoco en este terreno tiene sentido el “cuanto peor, mejor”; la sociedad mundial necesita de estas instituciones; se trata, por lo tanto, de reformarlas, de transformar significativamente la distribución del poder para que se centren en los grandes problemas que afectan a la mayoría de la población mundial, y no de proponer su desaparición a cuenta de los pecados cometidos.

No obstante, a día de hoy, cualquier reforma sería de la economía internacional requiere del apoyo de la principal potencia mundial. “Sin un apoyo activo y continuado de Estados Unidos no podrá haber instituciones operativas de gobernanza global, pero mientras Estados Unidos continúe comprometido con el proyecto del libre mercado global vetará cualquier reforma en ese sentido. Mientras su política siga basándose en la ideología del *laissez-faire* que dicta el Consenso de Washington, no habrá posibilidad de reformar la economía mundial”⁵⁴. Esta dificultad, que era ya una realidad bajo la presidencia de Clinton, se ha agravado hasta el punto de convertir en una prioridad para el futuro de la comunidad internacional que los fundamentalistas cristianos que dirigen la Administración estadounidense sean derrotados en las próximas elecciones.

Los prejuicios ideológicos facilitan tanto la conformación de los mitos de la globalización como dificultan su comprensión

54. John Gray, *Falso amanecer. Los engaños del capitalismo global*. Ediciones Paidós, Barcelona, 2000, pág. 255.

55. Javier de Lucas, *Globalización e identidades. Claves políticas y jurídicas*. Icaria Editorial, Barcelona, 2003, pág. 36.

56. Pietro Barcellona, *El individualismo propietario*, Editorial Trotta, Madrid, 1996, pág. 160.

Una democracia social cosmopolita

La globalización, no obstante, no queda circunscrita al ámbito económico. Estamos obligados a profundizar ese proceso en sus vertientes políticas y sociales. Y para concluir este artículo, bien podemos repetirnos la vieja pregunta: *¿Qué hacer?* Pues bien, lo primero es aceptar la continuidad en la historia de las sociedades humanas. La globalización no supone una “nueva era”, ni un “nuevo comienzo” en esa historia, sino la continuación del proceso de establecimiento de redes entre las distintas sociedades que es tan viejo como la historia de la humanidad, aunque asistimos hoy, ciertamente, a un estadio de notable densificación de las redes humanas. Y desde esa perspectiva, se trata de dar continuidad, con los ajustes y transformaciones necesarios, a la vieja aspiración a la libertad, la igualdad y la fraternidad. La democracia y la igualdad continúan siendo los valores fundamentales que deben presidir la política de la izquierda, a los que en el siglo que acaba de comenzar debe añadirse inexcusablemente la compatibilidad entre el desarrollo humano y los ecosistemas que lo sustentan.

Claro que esos valores deben impregnarse de un universalismo que acompañe al actual estadio de la globalización. Y para empezar, “si hay alguna esperanza de recuperar el mensaje universalista y emancipador de los derechos, el camino empieza por destruir el condicionante que liga ciudadanía, nacionalidad y derechos fundamentales (y concretamente políticos), cosa que hace de la ciudadanía un privilegio, una razón (ya manifiestamente insuficiente) para legitimar la exclusión en la atribución de derechos a quien no es nacional”⁵⁵. Esta ruptura entre derechos y nacionalidad no se producirá de un día para otro, pero el primer paso debería consistir en la defensa de los derechos políticos y sociales de los inmigrantes en las sociedades en las que habitan, porque la conculcación de los derechos humanos de una parte de los ciudadanos que conviven en una sociedad constituye en la actualidad la principal carencia de la democracia en el mundo desarrollado.

Ahora bien, la democracia no resuelve los conflictos por sí misma, la democracia “es el régimen de la indeterminación y del riesgo; sin embargo, es al mismo tiempo un régimen en el que el elemento estructurante es la participación colectiva en las decisiones, y, por tanto, es una forma de sociedad que precisamente se da sus leyes. En cambio, el momento actual es distinto: es el intento de imponer a la sociedad un orden externo, el de los vínculos económicos mundiales”⁵⁶. Y la única manera de evitar el actual déficit democrático, que provoca ese “orden externo” que pretende imponerse, es que la democracia traspase las fronteras nacionales y se proyecte en instituciones internacionales que nos permitan participar colectivamente también en las decisiones que nos atañen globalmente y dotarnos de la legalidad internacional necesaria que nos garantice esa participación.

No obstante, no existe un acuerdo generalizado sobre cómo debe afrontarse la democratización del orden internacional. Lo único que parece estar claro es que todo el mundo rechaza que el objetivo pudiera ser un gran Estado global con un gobierno mundial. En esta situación, el proyecto más definido es el de un grupo de pensadores políticos liderados por David Held, que han denominado “democracia cosmopolita”. “En una versión más reciente, el proyecto se amplía y pasa a denominarse ‘democracia social cosmopolita’, pre-

cisamente para enfatizar que se trata de intentar llevar a la práctica los valores más importantes de la socialdemocracia: Estado de derecho, igualdad política, solidaridad social y eficacia económica, que la democracia por sí misma no incorpora. Uno de los objetivos más reiterados es la intervención de todos los niveles institucionales para hacer efectivos los principios de justicia social, es decir, a fin de lograr una distribución de los recursos mundiales más equitativa y la regulación de la economía global a través del control de los flujos de capital”⁵⁷.

La democracia cosmopolita se revelaría como la lógica continuación de las exigencias de profundización democrática en el interior de los Estados, que necesitan ahora desmontar las barreras al funcionamiento democrático que colocan los agentes económicos que se mueven en el ámbito transnacional y acoger a las poblaciones más desamparadas del planeta, como exigencia ineludible de la extensión internacional de la concepción de la justicia social. Esta tarea política irá alumbrando una ciudadanía global (ya ha comenzado a hacerlo de forma incipiente alrededor del heterogéneo movimiento *altermundista*) que comience a incidir en múltiples aspectos de la gobernanza global.

Parece lógico defender que una propuesta de este tipo debe comenzar por plantear la reforma de la institución más importante y, pese a sus deficiencias, más representativa de la actual gobernanza mundial, las Naciones Unidas. Obviamente, el primer paso de esa reforma es democratizar la organización. Resulta difícilmente aceptable hoy en día que cinco países dispongan del poder de vetar cualquier acuerdo, como el desparpajo con el que algunas naciones incumplen sus resoluciones –en este terreno, el ejemplo es Israel–. La ONU necesita tanto reforzar su poder de actuación en la política internacional como democratizar sus estructuras y la forma en la que se toman las decisiones. Y después, afrontar la necesidad de nuevos flujos de recursos para atender a las necesidades de un nuevo orden internacional, especialmente, la paz y las necesidades de los más desposeídos. Es decir, capacidad de intervenir para evitar los conflictos bélicos o la conculcación de los derechos humanos en cualquier sociedad, y la implantación de la tasa Tobin que reclama el movimiento por otra globalización, un impuesto a la circulación del capital financiero internacional destinado a ayudar a las sociedades más pobres a abandonar la miseria.

Recurriendo a los términos de sus impulsores, “el proyecto de la socialdemocracia cosmopolita puede concebirse como una base

Las sociedades humanas necesitan más globalización y no menos

57. Elena García Guitián, “Sociedad transnacional y democracia cosmopolita”. En AA. VV., *Teoría política: poder, moral, democracia*. Alianza Editorial, Madrid, 2003, pág. 488.

58. David Held y Anthony McGrew, *Globalización/Antiglobalización. Sobre la reconstrucción del orden mundial*. Ediciones Paidós, Barcelona, 2003, pág. 150.

común de acuerdo para la promoción de la administración imparcial de la ley en el ámbito internacional; mayor transparencia, control y democracia en la gobernanza global; un mayor compromiso con la justicia social en la búsqueda de una distribución más equitativa de los recursos mundiales y la seguridad humana; la protección y reinención de la comunidad en diversos ámbitos (desde el local al global), y la regulación de la economía global a través de la gestión pública de los flujos financieros y comerciales globales, la provisión de bienes públicos globales y la implicación de los principales grupos de interés en la gobernanza corporativa. Esta base común en la política global contiene claras posibilidades de diálogo y acomodación entre los diferentes segmentos del espectro político ‘globalización/antiglobalización’. Además, algunas de las posiciones representadas por los estatistas/proteccionistas podrían formar parte del diálogo, pues ocurre que la ‘socialdemocracia cosmopolita’ necesita claramente de una gobernanza competente fuerte en todos los ámbitos; local, nacional, regional y global”⁵⁸.

El retroceso que ha sufrido el proceso globalizador tras la reacción nacionalista y belicista de la Administración estadounidense al atentado terrorista del 11 de septiembre de 2001 delata que las sociedades humanas necesitan más globalización y no menos; y, como siempre, que las corrientes políticas que pongan el acento en la igualdad de los derechos de todos los humanos, en un sentido amplio, y en la conservación de la biosfera tienen que continuar su batalla política por proporcionarle el rostro humano a la globalización, que bien podría resumirse en la formulación de la democracia social cosmopolita, con la que la izquierda política debería volver a situar el acento en la igualdad, en lo que hace iguales a todos los ciudadanos en el espacio público, y dejar atrás las políticas dedicadas a remarcar lo que les diferencia, las políticas de la identidad. Y para que un camino tal sea practicable resulta obligado insistir en que la política y la ideología distan mucho de ser la misma cosa, y que los prejuicios ideológicos facilitan tanto la conformación de los mitos de la globalización como dificultan la imprescindible comprensión del desarrollo y la interrelación entre las sociedades humanas y, en consecuencia, la tarea de abordar su transformación.